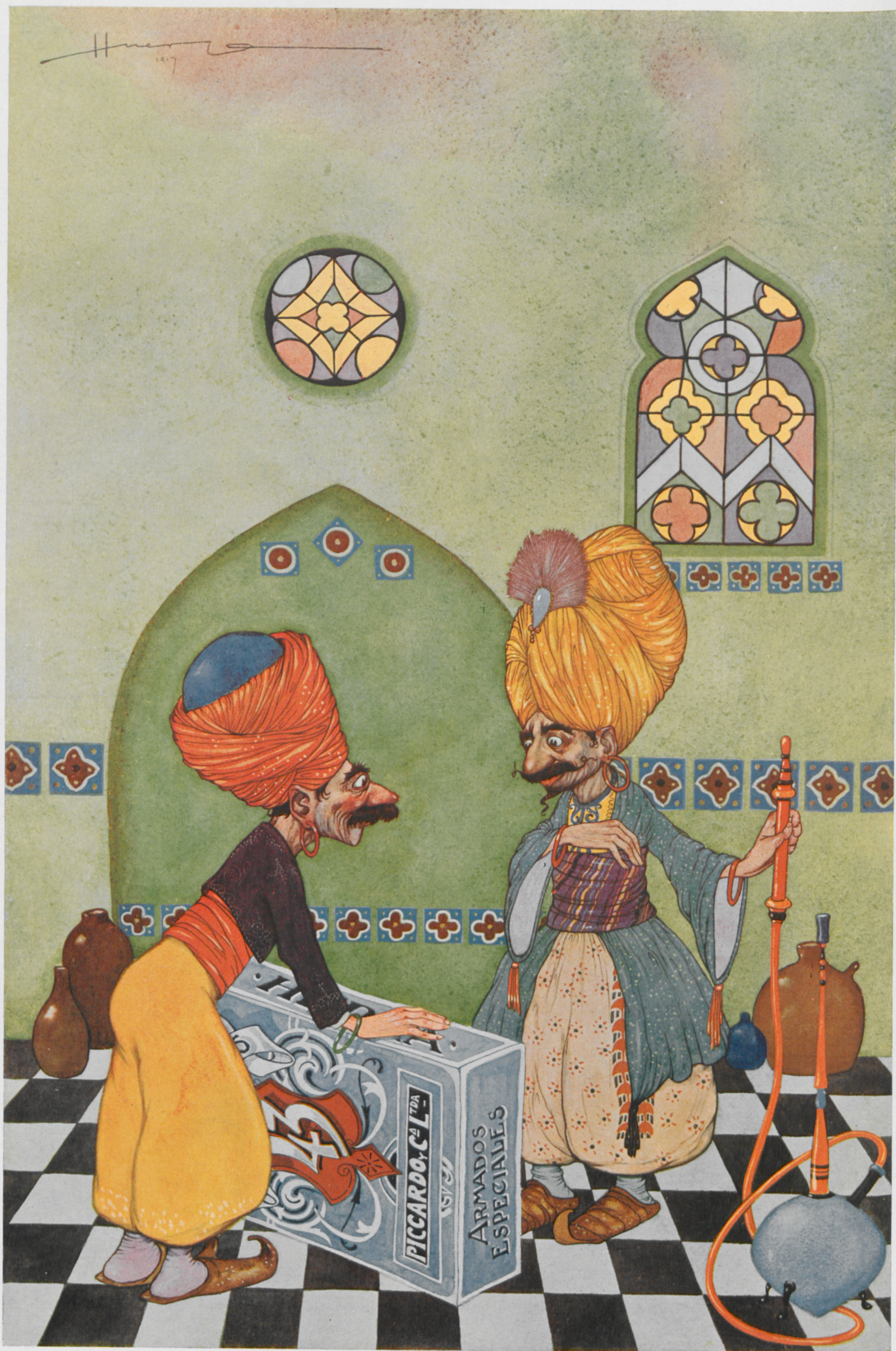




EL DIA DE LA FLOR

PLUS ULTRA



LAS MINAS DEL RAND

Tiene la tierra muchos polos magnéticos, además de ese que tiene la virtud de atraer a la aguja imantada, y el magnetismo espiritual de tales polos ejerce sobre el género humano irresistible influjo. Porque el oro, amarillo metal, es el señor del mundo, como dice Mefistófeles en el «Fausto» de Gounod.

Potosí, California, Klondike y Johannesburgo, etc., han sido los puntos a donde la ambición humana corrió ávida en busca de logro.

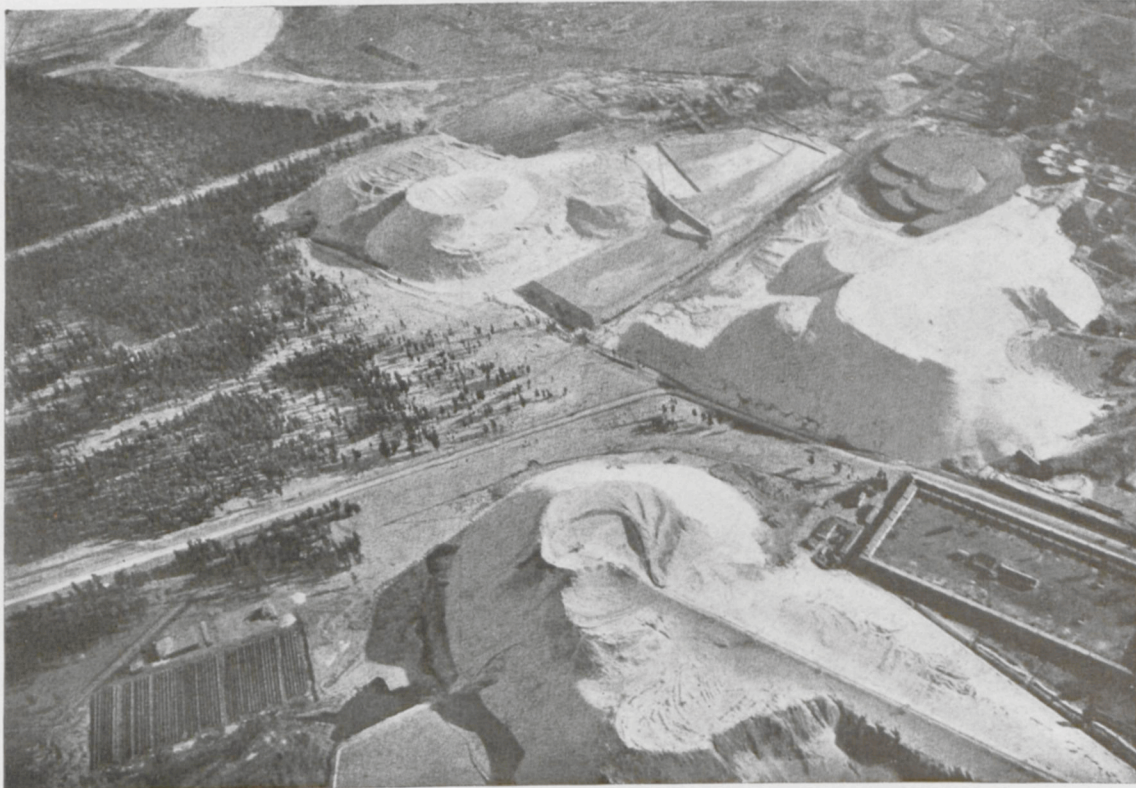
Resulta este juego una ruleta, una lotería colosal. La suerte se decide sobre el terruño, convertido en enorme mesa de garito. Toda la fiebre, toda la emoción del juego se sienten allí, unidas a las emociones imprevisas de las aventuras dramáticas.

Hasta hace unos años, solamente en los mapas y en las novelas podían, los que nunca fueron a los «placeres», contemplar el interesante espectáculo. Hoy la cinematografía y la aeronáutica nos ofrecen mejores datos.

Hace pocos años, en efecto, el capitán Spelterini, uno de los más bravos aeronautas, realizó una excursión en globo libre sobre las minas auríferas del Rand, Transvaal.

La fotografía que reproducimos fué tomada por dicho aeronauta desde 6.500 pies de altura, a pesar de que las condiciones de observación resultan poco propicias, pues Johannesburgo, la «ciudad del oro», ha sido llamada también la «ciudad del polvo». Cuando hay viento, Johannesburgo y todo el Rand quedan sumergidos en un fino velo de polvo proveniente de las minas de las cuales se extrae el precioso metal.

Esta curiosa vista panorámica parece un mapa en relieve de un centro ferroviario, o



construcciones de arena hechas por niños en una playa de moda.

Mr. Archibaldo Williams, autor de la obra de costumbres «Novela de un minero», hace la siguiente descripción: «El Witwatersrand es una fila de columnas que corre de este a oeste y que separa la cuenca septentrional del Limpopo de la cuenca meridional del Vaal. En algún período muy remoto de la historia de la Tierra, fuerzas subterráneas han obrado en la superficie de la meseta... Los estratos se com-

ponen de cuarzo, piedra arenosa y rocas ígneas, apretadas entre capas de conglomerado, que los holandeses, por su aspecto, llamaron «banket» o roca-almendra. El conglomerado contiene oro, piratas de hierro aurífero, cobre y antimonio.»

Sobre tal terreno, célebre antes que por el juego de las minas por el juego de la guerra, pues los nombres de Limpopo, Vaal, Transvaal, etc., rememoran terribles batallas, se ha establecido un enorme Monte Carlo, donde la banca es la encargada de llevarse el dinero.



“¡Casa robada... todo lo de valor saqueado!!”

No dé lugar a recibir este telegrama, mientras usted está ausente o de vacaciones. ANTES de alejarse deposite sus valores en

LAS CAJAS DE SEGURIDAD

46, RECONQUISTA. 46.

El alquiler es módico comparado con la seguridad que ofrecen. Sus joyas, platería, documentos, etc., están allí completamente bajo su control, libre de fuego—robo—y aún insurrecciones. No existe otra Caja tan segura.

Las Cajas de Seguridad están construidas a prueba de ladrones—fuego y bombas. La puerta de acceso pesa DIEZ TONELADAS y el depósito está custodiado día y noche. Nunca podrían ser asaltadas, pues la entrada puede ser inundada, sin causar perjuicio al contenido de las cajas.

La reserva más absoluta está garantizada. Fuera de las horas de oficina, nadie puede abrir la puerta. Solamente Vd. posee la llave de su Caja, y aún en caso de que la perdiera, el que la encontrara no podría tener acceso al depósito.

Hemos publicado un folleto interesante relacionado con estas Cajas de Seguridad, el que contiene muchos más detalles que podrían agregarse a este aviso. Escribanos por un ejemplar—o visítenos. **CAJAS DE SEGURIDAD.** 46, Reconquista. Buenos Aires.



A lomos de camello cruza el «khat» las desiertas llanuras. El «khat» es un «paraíso artificial», una droga que hace soñar. El chino

fuma opio; el indo chupa «bhang»; el africano masca «kola»; el caucásico vacía botellas. El árabe del Yemen come «khat», que no es un

narcótico, sino un estimulante como el alcohol, que evoca un hada que transporta a sus fieles al reino de la fantasía, en alas del placer soñado.

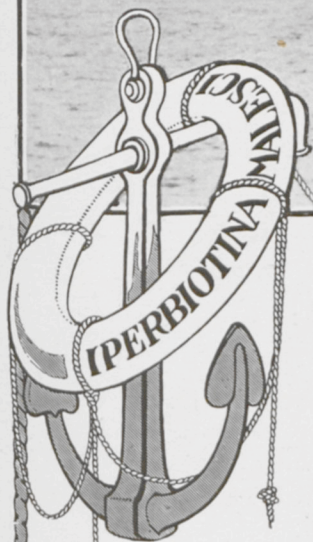
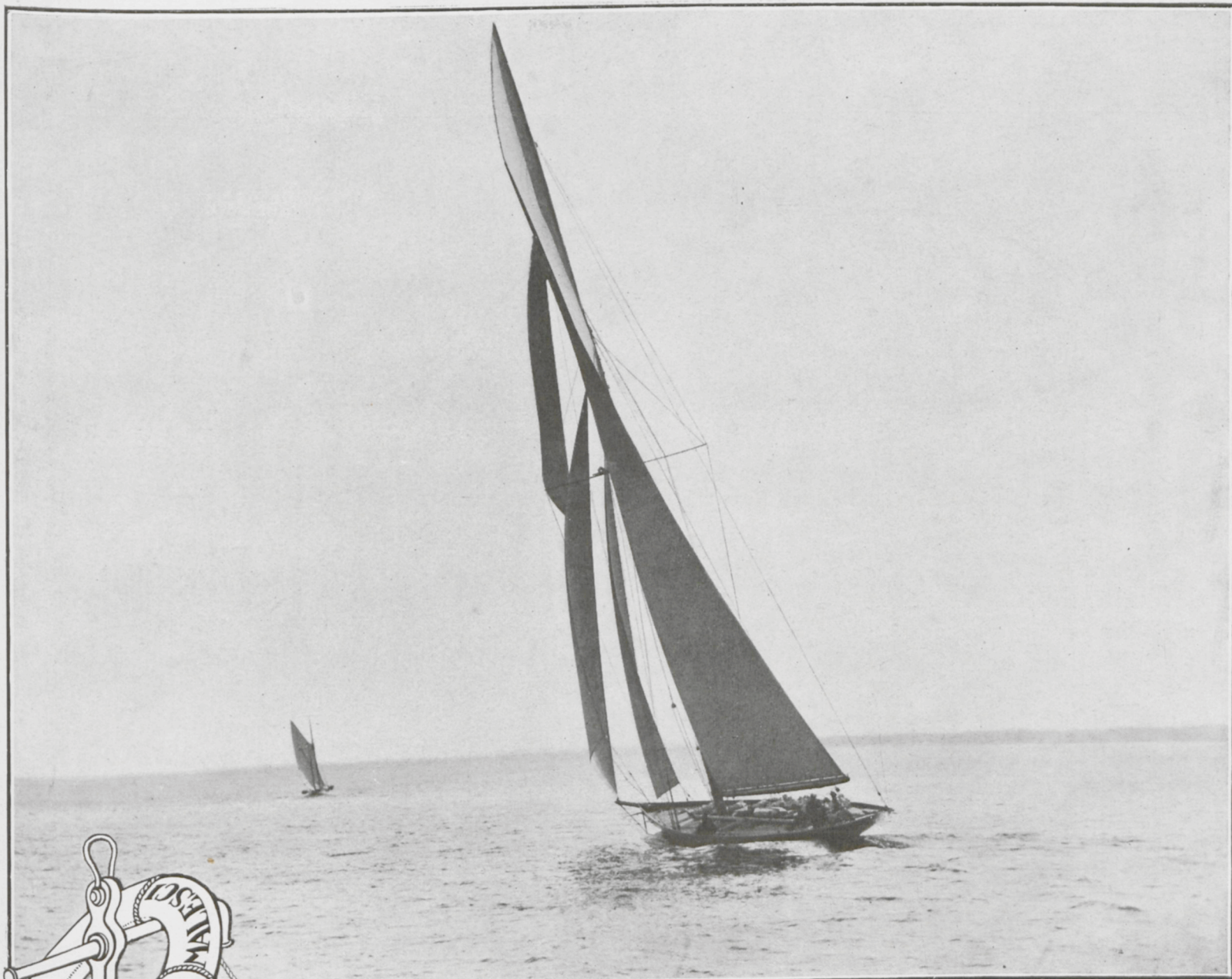


MAPLE & Cía.

MUEBLES Y DECORACIONES

INTERESANTE EJEMPLAR
DE UN VESTIBULO
DECORADO Y AMUEBLADO
AL ESTILO
"ELIZABETHAN"
POR MAPLE & Cía.
EN BUENOS AIRES

658, SUIPACHA, 658



No obstante estar el mar en calma, los marinos llevan salvavidas... Haga usted lo mismo; su organismo corre siempre el riesgo de contraer enfermedades.

IPERBIOTINA MALESCI

significa esa previsión, garantiza la salud de su cuerpo. Lo fortifica con vitalidad nueva, llevando a las venas savia vigorosa.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Doctor Malesci-Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unico Concesionario - Importador en la República Argentina

M. C. de MONACO

VIAMONTE, 871. — Buenos Aires



Creaciones Harrods para playa, viaje, etc.



1963.—ELEGANTE MODELO de capa, en género a cuadritos blancos y negros, con paño blanco y botones fantasía \$ 130.—

ELEGANTÍSIMO SOMBRERO, ala souple de liberty negro, copa de piqué blanco, tul negro con voladitos de piqué \$ 38.—

1.—GUARDAPOLVO muy elegante, para viaje, en seda cruda, adornado con tursor fantasía \$ 58.—

CANOTIER DE PANAMÁ, adornado con cinta azul, negra o blanca \$ 18.—

2165.—MODELO MUY CHIC de tapado para playa, combinación echarpe, en velour de lana color beige, adornado con paño blanco y botones de fantasía, medio forro de seda, \$ 190.—

SOMBRERO MUY CHIC de veloutine, adornado con cinta y cabujón de cristal. \$ 35.—

Harrods

FLORIDA 877
Y PARAGUAY 554



EN EL RIO LUJÁN

PRESENCIANDO LAS REGATAS.
CARBÓN DE ALONSO.

El Papa ante el objetivo

La fotografía constituye en el Vaticano un serio problema, y el uso de las máquinas se halla sujeto a un reglamento riguroso. Aparte del fotógrafo pontificio, nadie puede entrar con la cámara en San Pedro o en los palacios vaticanos. Para obtener permiso, es necesario acudir a elevadas influencias.

Cuando un nuevo Pontífice sube al solio, cae sobre él una lluvia insistente de solicitudes, recomendaciones y súplicas pictóricas y fotográficas. Todos quieren hacer el retrato del Papa, el cual se rebela y desearía contestar «que no», pero por razones de costumbre, de oportunidad y de cortesía, se responde «que sí» a una docena de los principales fotógrafos.

Benedicto XV, a pesar de haber sido en sus mocedades un hábil aficionado del arte fotográfico, no quiere caer dentro del radio de acción del objetivo. Pero entre un pintor y un fotógrafo elige a este último, como el más pequeño de los males.

Los pintores son el terror del Papa, y no porque deje de apreciar su nobilísimo arte, sino porque la larga «pose» que la víctima debe sufrir resulta exasperante para Su Santidad.

En los comienzos de su Pontificado, tuvo la sacrosanta paciencia de posar horas y horas determinados días de la semana. Pero en estos momentos dedicados por el Papa a poner en paz la Europa, quiere que lo dejen en paz, y encuentra fácil modo de sustraerse a los deseos de pintores y fotógrafos.

Si por medio de recomendaciones consigue el fotógrafo el suspirado permiso, debe hallarse a la hora previamente indicada y en la sala que se designa para tan importante acto. Apenas entra Su Santidad, ha de hacerse el disparo con toda la rapidez posible, porque una «pose» larga le fastidia. Benedicto XV es un poquito nervioso y mueve un poco demasiado la venerable testa. Naturalmente, antes de poner en circulación las fotografías, se hace preciso someterlas al exequátur del Pontífice, que es un censor severo, tanto desde el punto de vista artístico, como del técnico.

Cuéntase que un distinguido caballero norteamericano, a quien el Papa concedió permiso para hacer algunas fotografías, no llevó a la censura pontificia los retratos, desapareciendo misteriosamente. Su Santidad, sospechando cualquier desastre daguerrotipista, preguntó por el desaparecido. Este había dejado una lacrimosa epístola para explicar que era tanta la emoción sentida ante la presencia del Vicario de Cristo, que hizo sobre una placa dos retratos...

EL SUIZO DE LA GUARDIA.

Roma, septiembre de 1917.



*Beati misericordes: quoniam
ipsi misericordiam consequuntur*

Math. V. 7

Benedictus PP. XV



UN AUTÓGRAFO DE SU SANTIDAD, PARA LA CRUZ ROJA ITALIANA.

S. S. BENEDICTO XV, EN LA CAPILLA SIXTINA.



¡Dios te libre, Poeta!

Dios te libre, poeta,
de verter en el cáliz de tu hermano
la más pequeña gota de amargura.

Dios te libre, poeta,
de interceptar, siquiera con tu mano,
la luz que el sol regale a una criatura.

Dios te libre, poeta,
de escribir una estrofa que contriste,
de turbar con tu ceño
y tu lógica triste
la lógica divina de un ensueño;
de obstruir el sendero, la vereda
que recorra la más humilde planta;
de quebrantar la pobre hoja que rueda...,
de entorpecer, ni con el más suave
de los pesos, el ímpetu de un ave
o de un bello ideal que se levanta.

Ten para todo júbilo, la santa
sonrisa acogedora que lo aprueba;
pon una nota nueva
en toda voz que canta,
y resta por lo menos
un mínimo aguijón a cada prueba
que torture a los malos y a los buenos.

Amado Nervo

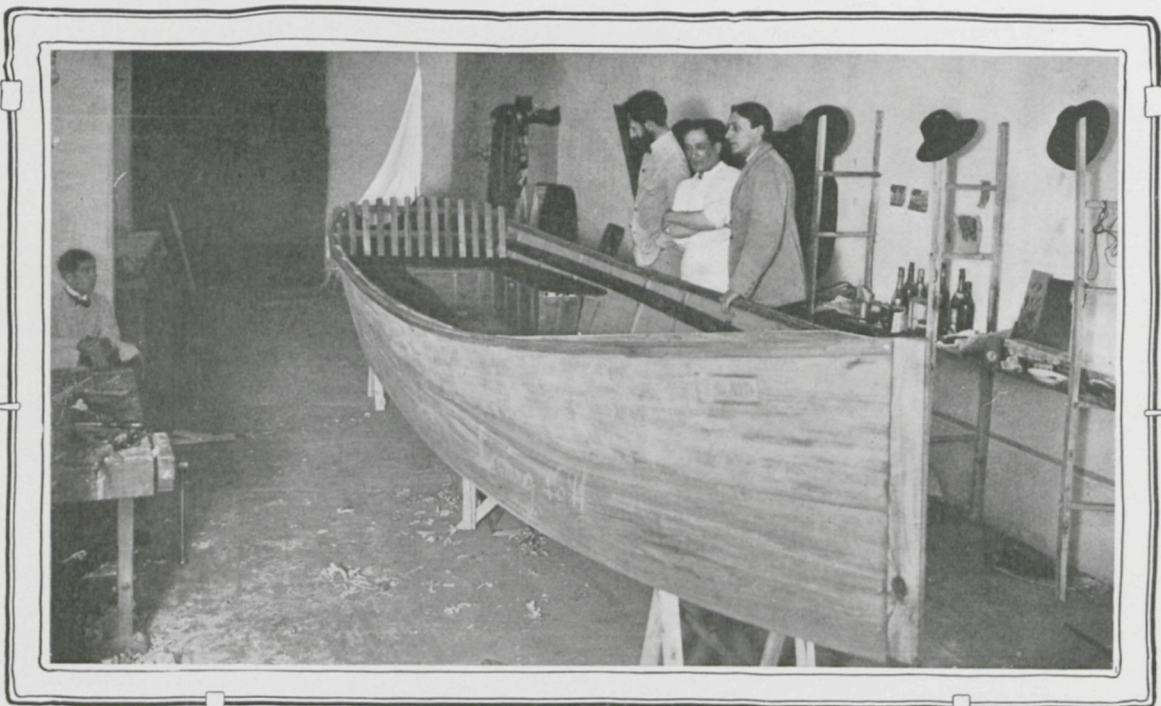
Un viaje de aventuras

Además de un ferrocarril hasta Posadas, nos comunica con Misiones el servicio de unas cuatro o cinco salidas de vapores, por semana. Y el famoso Iguazú, con sus consiguientes cataratas, atraen los turistas, por la razón de que constituyen una de las maravillas del mundo. Por un precio de combinación muy reducido se hace el paseo en caravanas, sino tan pintorescas en variedad de tipos como las que dieron renombre a la agencia Cook, a veces tan numerosas y tan predispuestas a los sobresaltos admirativos, como aquéllas.

Tiene fama Misiones. Fama de país hermoso, de país rico en paisajes, en bananas, en naranjas, en guacamayos, en monos y en víboras. Los primeros conquistadores del Plata enderezaron hacia aquellas tierras. Y por si el acierto de la elección pudiera ponerse en duda, allá fueron a instalarse los jesuitas, que siempre fueron excelentes rumboadores. Las acciones de unos y otros unieron en las historias a los hombres con las cosas y los parajes, y el Paraguay y Misiones no tuvieron secretos para el mundo. Y hasta Voltaire gustó de conducir por esas tierras, en camino para el país de Eldorado, a su Cándido. Pero más tarde la suerte cambió, llovieron desastres sobre el rico Paraguay, los hombres de empuje y de aventuras orientaron sus afanes hacia otros caminos y un poco a tras mano de todo incitante deseo vino a quedar el país de Irala, y de los descendientes de Ignacio de Loyola, y del admirable Azara.

Hoy, sólo algún raro, que por la misma razón de su preferencia cobra fama de tal, muestra un ardoroso entusiasmo y un fino y sutil amor por la vida en Misiones, por aquellas tierras de víboras, de ruinas y de cataratas. Horacio Quiroga es el raro a que nos referimos.

El descubrió a Misiones y casi nos atrevemos a decir que Misiones le descubrió a él. Después de pagar el debido tributo a la moda, — hizo un viaje a Europa, — se metió en el Chaco, de donde le ahuyentaron los mosquitos y el algodón. Los mosquitos le chuparon la sangre, y el algodón los centavos de su capital. No por eso perdió ni su amor a las letras, ni su amor por la vida libre y la tierra salvaje, ni sus aficiones de carpintero. Y pluma en ristre y banco al hombro, un día se instaló en San Ignacio. El banco le sirvió para fabricarse una casa toda de madera, hasta



LOS EXPEDICIONARIOS: SEÑORES HORACIO QUIROGA, RODOLFO ROMERO E ISMAEL DE FORTeza, TERMINANDO LA CONSTRUCCIÓN DE LA CHALANA QUE UTILIZARÁN EN SU EXCURSIÓN POR MISIONES.

las tejas, y la pluma para darnos un olor de tierra y un trasunto de vida argentina que supera a cuanto le precedió.

Ahora vive en Buenos Aires, pero mirando siempre a Misiones. Misiones es el país de las maravillas, y lo que proyecta es para tener finalidad en Misiones. Y tanto ha hecho relatando en el papel, y sobre todo de viva voz, aventuras por ríos y montes y picadas, describiendo árboles y flores, flores hermosas y plantas decorativas, flores raras como las del «Jardín de los suplicios» y vidas de hombres y de animales, que ha conseguido despertar apetitos de aventuras, de paisajes y de costumbres extrañas en muchas gentes y entre ellas a un amigo de las letras y periodista, Rodolfo Romero, que le acompaña en el viaje recién emprendido, y a un joven de puros horizontes ciudadanos, Ismael de Forteza, que va en calidad de secretario y neófito.

¿Se puede realizar un viaje de exploración y aventuras a Misiones? Sin duda. Lo que escribe Quiroga de Misiones sabe a cosa nueva, a cosa exótica; y eso en el marco de los cuentos en que Misiones ha descubierto a un escritor de raza.

Esta expedición se ha preparado con todas las de la ley. Es periodística y se convertirá en científica. Luego, Horacio Quiroga tiene una experiencia de siete años en aquellas tierras.

bre 80 ó 90 brazas, como es la profundidad del Paraná por aquellos parajes, y en arroyos de 10 ó 12 dedos de agua o menos.

Debe tener fondo plano y así es la que trazó, aserró, cepilló y armó Quiroga con la ayuda de Rodolfo Romero, Ismael de Forteza e Ireneo Romero.

Además deberá poder navegar a vela y admitir una falsa quilla, que es lo que se le añadirá en San Ignacio, para meterse en el Paraná.

Ahora la chalana ya está bautizada y lista y quizás navegando por aquellos lugares.

Es de cedro. Mide 6 metros, 10 de eslora, 1.56 de manga y 0.60 de puntal. Tendrá unos 12 metros cuadrados de trapo y una quilla de quita y pon. Se llama «La gaviota» y fué bautizada en el sótano de la calle Canning, 1641, siendo la madrina la célebre escritora Elsa Jerusalem, autora de un libro que recorrió el mundo traducido a todos los idiomas — menos al nuestro. — «Le scarabée sacré». La fiesta del bautizo no tuvo nada de solemne, ni se ajustó a programa de estiramiento. Se bebió en un coco, se comió fruta seca y se cantaron estilos del monte y aires de la frontera.

Los expedicionarios, llevando desarmada la chalana, se embarcaron el 24 de octubre para Posadas. Armaban en San Ignacio la embarcación y emprenderían luego las exploraciones. Además de

escopetas y revólveres y machetes y botas engrasadas, llevaron una máquina fotográfica y muchas placas. Las fotografías y las descripciones, casi está demás decir, que serán para PLVS VLTRA y CARAS Y CARETAS.

Y dijimos que la expedición periodística podría tener carácter científico. Y es así. El doctor Widakowich, esposo de Elsa Jerusalem, interesada literariamente en el estudio de la vida misionera, le acompañará en diciembre hasta San Ignacio, donde aquél piensa realizar trabajos de investigación sobre parásitos de las vías digestivas. El matrimonio se incorporará en breve a la expedición, y las notas que nos envíen serán comunicadas a nuestros lectores.

Una expedición periodística en Misiones



DESPUÉS DEL BAUTIZO DE «LA GAVIOTA», SIENDO MADRINA LA ILUSTRE ESCRITORA ELSA JERUSALEM.



EL ESCARABAJO REGALADO A LA MADRINA, COMO RECUERDO DE SU CÉLEBRE OBRA «LE SCARABÉE SACRÉ».



ARTE ARGENTINO

RETRATO

ÓLEO DE C. BERNALDO DE QUIRÓS.



Reliquias
coloniales.

EL CONVENTO de SAN FRANCISCO en SANTA FE



La fachada del convento.

Caminando a la ventura por las calles de la ciudad, llegamos a una plaza simétrica; en el centro, revestido de césped, crecen plantas americanas, con senderos y arboledas en forma de jardín. A los costados se alzan algunos edificios uniformes; la iglesia matriz con sus tres arcadas y su verja de hierro, la casa del obispo, la residencia jesuítica, cuyo templo, de muros encalados, conserva como un aroma antiguo el alma del viejo Santa Fe. A través de las frondas, quisiéramos adivinar todavía la mole blanca del Cabildo, indiferente y grave en su ilusionada gran-

na criolla que nos contempla con sus ojos apagados y tristes.

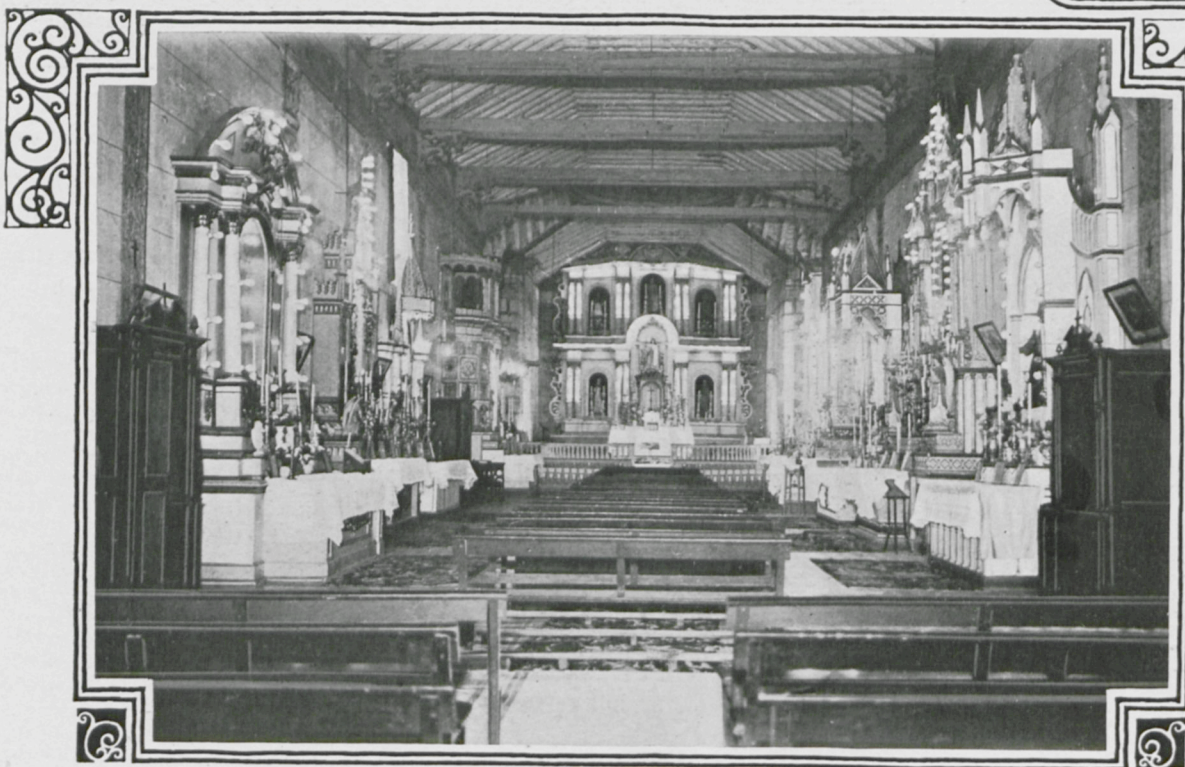
Salimos de la plaza; ahora marchamos por una calle soleada, llena de casas pequeñas, de un solo piso. Por cima de las azoteas, descúbrese una torre cuadrada. El sol funde su oro en uno de los costados, iluminándolo con resplandores amarillos. A poco de caminar, damos con un huerto de apariencia mística, lleno de naranjos y palmeras. Al fondo se levanta el convento de San Francisco, con su frente de arcos, sus ventanucos y sus puertas herradas. El campanario alza los blancos paredones encalados, dibujándose

deza. El progreso ha derrumbado la casa histórica levantando sobre sus muros una moderna construcción de cemento. ¡Oh el encanto que ha roto en nuestro espíritu esta desdichada reforma! Por más esfuerzos de imaginación que hagamos, no nos será posible reconstruir el ambiente de la vieja plaza. Ya no podremos evocar la figura del pregonero, ni el empaque de la dama linajuda, ni el gesto del esclavo, ni el ceremonioso saludo de los señores cabildantes, ni la voz angustiosa de los mendigos que imploraban la caridad a la puerta de la capilla. El nuevo palacio ha destruido con su fachada gris el encanto de la tradición. Muerta la sencillez evocadora, nada dice a nuestro espíritu la figura del viandante que cruza bajo las arboledas, ni la anciana

sobre el azul del cielo como un viejo alminar. Cuando penetramos en la casa, llaman nuestra atención tres azulejos que se ven en el pórtico. Junto a ellos, coronando el frontispicio, hay una lápida donde se lee: Año 1680. Recordamos que en este lugar inauguró la Orden franciscana una



Portada principal de la iglesia.



capillita y varias piezas en 1651, desde cuya fecha comenzó el funcionamiento de la escuela, destinada a la educación de los indígenas. El edificio del convento denota un ambiente de santidad, de pobreza, de religioso misticismo. En el silencio de las naves, parece resonar aun el eco de la campana monacal, cuando anunciaba al pueblo la festividad religiosa, el solemne acto de la jura o el ataque de las tribus feroces. Un lego nos conduce a la iglesia; en la austeridad del recinto, saltan a nuestros ojos las capillitas remozadas, el púlpito, los confesionarios, la techumbre de cedro, el

Perspectiva general del templo.

trascoro, los sillones de ceremonia. El lego nos muestra una virgencita de carácter barroco. Está sobre un manguante de plata, con las manos unidas, en actitud piadosa. Dice que figuró como patrona en una de las barcas que cargaban productos desde la Asunción a Santa Fe. Su dueño, don Francisco de Vera y Aragón, la cedió a los franciscanos, cumpliendo el voto que hizo durante una furiosa tormenta que le sorprendió en el río Paraná. El hecho acaeció en 1648, o sea tres años antes de que la ciudad se trasladara al sitio donde se encuentra ahora.

En el altar mayor, se venera otra imagen del tiempo de las fundaciones. Perteneció a doña Gerónima de Contreras, hija de don Juan de Garay, quien después de su muerte hizo que pasara a poder de la Orden por testamento otorgado en 1649.

Rayo de luz diáfana se filtran por los pequeños ventanales, invadiendo



Imagen de talla auténtica. Siglo XVI.

histórico. Llamen nuestra atención dos viejas encorvadas y tristes. Desde el último de los peldaños, las vemos arrodilladas ante el altar del milagroso Nazareno, cuyos ropajes, semiocultos en la cavidad de su hornacina, brillan iluminados por el tembloroso resplandor de los cirios.

Después entramos a la sacristía, donde es fama que penetró un tigre el 18 de abril de 1825, matando a un fraile que se dirigía a celebrar la misa, y a dos misioneros más que acudieron en auxilio de aquél. El carácter de esta pieza es austero y sencillo. En las paredes, casi desnudas, apenas si se descubre un cuadro del fundador de la Orden, o la figura de un Cristo pálido y renegrido, que muestra su laceria bajo un dosel de terciopelo rojo. Se oye un murmullo de oraciones, de hábitos, de



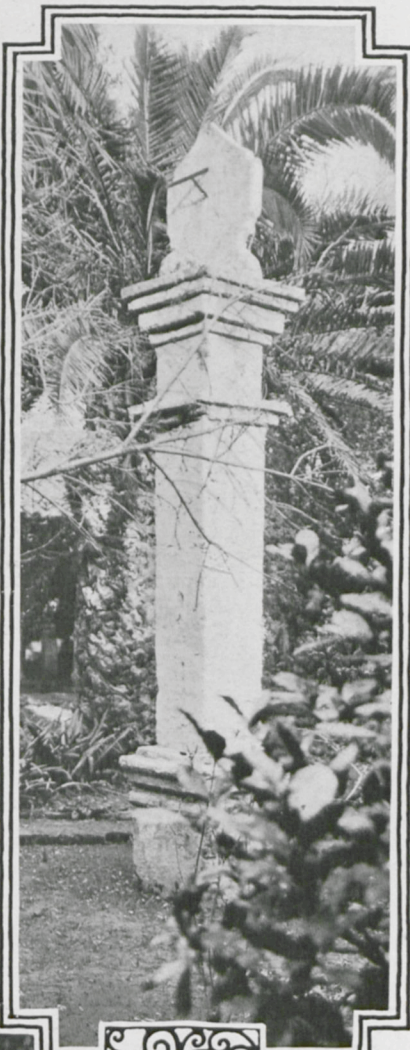
Interior de la sacristía.

la iglesia de una claridad ténue. Los cuadros, las esculturas, todas las pequeñas cosas que se ocultaban en la oscuridad de los rincones, van tomando forma tangible, como si manos sobrenaturales las hubieran hecho salir del fondo de los muros. Entre tanto, el lego sigue dándonos a conocer lo que considera interesante o de valor

ticos aleros, las columnas, los arcos, las maderas barrocas, los capiteles, los asientos de tallas incásicas; desde aquí vemos también al lego que cuida de las flores, y los senderitos y el pozo y el reloj de sol y los naranjos. Este rincón de paz, es un tesoro para la evocación. Hasta la brisa parece cristalizada en suaves aromas de eternidad. Lástima que el modernismo vaya entrando

pisadas fugaces; poco después cruzan ante nosotros varios monjes encapuchados, que nos dejan, con la impresión de mudos penitentes, su aroma de cristiano ascetismo.

Cuando nos asomamos al claustro, el sol es violeta sobre la torre blanca. Ahora no pensamos ya en el recogimiento de las salas, ni sentimos el olor a cera que se desprende de altares y retablos. En este lugar se siente, como un hálito de campaña lejana, la vida del santo misionero que convertía los indios, acompañándose las canciones con la música de su violín. Brisas primaverales llenan el claustro de cristalina transparencia. Lejos, más allá de los muros, junto a las barrancas verdecinas, el río se siente manso, traicionero, con esos remolinos que hablan de posibles catástrofes. Desde aquí vemos los techos de teja colonial, los artis-



Cuadrante solar construido por los franciscanos en 1724.

también por estos lugares de silencio. Lástima, que ni aquí pueda uno librarse de ese falso progreso, que hace colocar brazos eléctricos junto a las reliquias de otros siglos, y chapas de cinc sobre las ruinas venerables.

VÍCTOR ANDRÉS



Vno de los corredores que dan al jardín.

DOS IGLESIAS



DURANTE los siglos de casi Todos los Santos y de innumerables Fieles Difuntos. A sangre y fuego, los verdugos abastecían rápidamente el Paraíso. Tiempos de agonía humana y de espirituales resurrecciones. La voz «apocalipsis», que significa resurrección, tomó un sentido misterioso y trágico: puesto en el título de una obra, equivalía y

equivaldrá siempre, a cataclismo, catástrofe.

El Apocalipsis es una amenaza aliviadora. Sufriendo catástrofes cotidianas, los cristianos aguardaban la Catástrofe prometida por el autor. Todas las desdichas reales fueron pasaderas comparadas con las plagas apocalípticas; cualquier degollador anticristiano, un ser piadoso frente al Anticristo.

Y, sin embargo, a pesar de tanta pavora, los hombres hicieron arte, porque el arte es consuelo también.

«Y vi salir de la mar una bestia, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre sus cuernos diez coronas, y sobre sus cabezas nombres de blasfemias. Y la bestia que vi era semejante a un leopardo, y sus pies como pies de oso, y su boca como boca de león; y le dió el dragón su poder y grande fuerza. Y vi una de sus cabezas como herida de muerte, y fué curada su herida mortal; y se maravilló toda la tierra en pos de la bestia. Y adoraron al dragón, que dió poder a la bestia, diciendo: ¿Quién hay semejante a la bestia? ¿Quién podrá lidiar con ella? Y le fué dada boca con que hablaba altanerías y blasfemias; y le fué dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses...»

«Y vi otra bestia que subía de la tierra, y que tenía dos cuernos semejantes a los del Cordero, mas hablaba como el dragón. Y ejercía todo el poder de la primera bestia en su presencia; e hizo que la tierra y sus moradores adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fué curada...»

«Y a todos los hombres pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos hará tener una señal en su mano derecha, o en sus fren-

tes; y que ninguno pueda comprar o vender, sino aquel que tiene la señal o nombre de la bestia, o el número de su nombre. Aquí hay sabiduría. Quien tiene inteligencia, calcule el número de la bestia; porque es número de hombre, y el número de ella seiscientos sesenta y seis.»

Desde que Juan escribió tales y muchas más palabras, la gente hizo por averiguar quiénes serían las dos disformes bestias. Y como los vocablos del autor no brillan por la claridad, cada uno los interpretó a su manera. La bestia cuyo nombre está oculto por el número 666, fué encontrada en todos los perseguidores del cristianismo.

Ese entretenimiento resulta muy divertido y fácil. Hay allí palabras que pudiéramos llamar de «comodin». «¿Quién hay semejante a la bestia? ¿Quién podrá lidiar con ella?» Estas dos preguntas pueden explicar la razón de ciertas adoraciones bélicas. «...y le fué dado poder de hacer aquello cuarenta y dos meses». ¿No son estos 42 meses, o sean, tres años y medio, una buena y probable duración para el conflicto? Y eso de que «ninguno pueda comprar o vender, sino aquel que tiene la señal o nombre de la bestia, o el número de su nombre», ¿no puede significar algo parecido a un monopolio universal que domine la tierra y el océano?

Tal vez estos meses, en que el hierro y el fuego se desencadenaron sobre el mundo, tengan cierto parecido con los tiempos en que se edificó esta apacible y policroma iglesia bizantina. También allí el Arte presenció muchísimos horrores y los santos oyeron angustiosas plegarias. Y también allí, esos mismos santos fueron degollados, arrastrados y quemados en efígie. Una civilización nacía entre el estrago, una civilización soberbia de humildes. Y luego, las catedrales y las iglesias perdieron su colorida semejanza con las selvas y fueron como grutas cinceladas, donde tampoco hubo carencia de sangre y de oraciones.

Porque el número 666 oculta el nombre de la Bestia, de la guerra, esa gran bestia que llevamos en nuestro pequeño cuerpo. Todas las ambiciones vanidosas, todos los cálculos egoístas suman el número cabalístico, el 666, que se escribe con letras de sangre humana.

DIBUJOS DE ZOILLO BAGÜÉS.

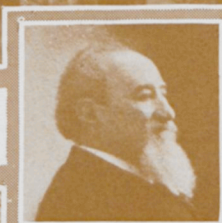


El

JOCKEY CLUB



FRENTE DEL JOCKEY CLUB, EN LA CALLE FLORIDA.



PRESIDENTE EUDORO J. BALZA, 1886 A 1887.

Sólo con visitar, en la calle Florida, el suntuoso edificio donde están instalados los salones y dependencias del «Jockey Club» de Buenos Aires, se justifica el enorme prestigio de esta institución, conceptuada, por la importancia de sus ingresos y los beneficios de su obra, como una de las principales del mundo.

Creada el 15 de abril de 1882, ha puesto siempre sus mayores esfuerzos en coadyuvar al engrandecimiento de la República, quien tiene en la fuerza colectiva de esta sociedad uno de sus principales sostenes.

El «Jockey Club» se instaló por primera vez en el local de una imprenta de la calle Florida, que se llamaba «La Minerva». Fué su primer presidente don Carlos Pellegrini, figurando como tesorero don Santiago Luro, como vice presidente don Eduardo Coesey y como secretario don Carlos P. Rodríguez. En 1886 pasó de su primer local a una casa de la calle Sarmiento, entonces Cuyo; de aquí trasladóse en 1888 a la de Unzué, en la calle Rivadavia, y de ésta a la casa de Elía, situada en Cuyo, cerca de Maipú. Luego fué a ocupar la casa de Wilde en la esquina de 25 de Mayo y Lavalle, desde donde pasó al edificio propio que hoy ocupa en Florida, 557.

La acción desarrollada en beneficio del progreso nacional, durante los años de vida con que cuenta, es poco menos que insuperable. Aparte de los muchos millones facilitados a la Municipalidad y al Gobierno, ha contribuido con sus fondos a la construcción de casas para obreros, escuelas, hospitales y otros edificios por el orden, subvencionándolos después para que puedan cumplir con su misión instructiva o benéfica. Asimismo ha facilitado los medios para que se ejecuten obras de saneamiento y ornato en paseos y avenidas; ha favorecido iniciativas de carácter científico; ha levantado a sus expensas varios monumentos que perpetúan la memoria de argentinos ilustres, y por último, sin contar otras donaciones de suma importancia e interés, ha venido ayudando eficazmente al sostenimiento de la Asistencia Pública y sociedades de beneficencia de la capital.

En otro sentido, también ha colaborado en las reformas del ejército y de la marina, tratando, con encomiable oportunidad, de introducir en algunos cuerpos militares, las más amplias y modernas innovaciones; por ejemplo, a



PRESIDENTE CARLOS P. RODRÍGUEZ, 1891.



VISTA DEL VESTÍBULO Y ESCALERA DE HONOR.

más de todo lo que se refiere a remonta de ganado, se le debe el plantel de la escuela militar de aviación, así como la compra de los primeros hidroplanos que entraron a prestar servicios auxiliares en la escuadra de guerra.

La industria ganadera del país, recibió igualmente beneficios, que habían de contribuir a su hábil y provechoso desenvolvimiento. Recordamos las fuertes sumas, que, en distintas oportunidades, les fueron entregadas a la Sociedad Rural Argentina, para que se invirtieran en la construcción de los pabellones existentes en Palermo, y otras destinadas a premios para los concursos que anualmente realiza en forma de exposiciones.

El «Jockey Club» tuvo como base de su creación el mejoramiento de la raza caballar existente en el país, tratando de que esta industria constituyera con el tiempo una de las fuentes más productivas de la riqueza nacional. Las carreras hípias, fueron el medio elegido para llevar a cabo sus fines, teniendo en cuenta el gran número de adeptos que tuvo siempre esta clase de espectáculos, practicados en los territorios de la nación desde la era de su conquista.

La primera carrera de caballos concertada bajo el patrocinio del Jockey, fué disputada cinco meses después de su creación, o sea el 15 de agosto de 1882, con un premio de mil pesos, ganado por el caballo Dunrobin. Los gastos de dicho premio se cotizaron proporcionalmente entre los fundadores.

Desde esa fecha ha ido el hipódromo de Palermo creciendo en importancia, considerándose hoy por sus dimensiones y elegante aspecto, entre los mejores que existen. Las tribunas fueron construidas en 1908, y desde 1910, funciona en su recinto una enfermería de primeros auxilios, dotada con los elementos necesarios, y un consultorio médico donde se atiende a las familias y personal de la institución, y también al vecindario, quien lo utiliza gratis siempre que recurre a sus servicios.

Vencidas las dificultades que acompañaron a los más fundamentales trabajos de su iniciación, empezó la sociedad a tener el prestigio que había de colocarla en tan envidiable encumbramiento. Casi desde su primera época, se han ido congregando en ella las personalidades más representativas del país, no sólo en lo que se refiere a las finanzas y alto comercio, sino también en cuan-



PRESIDENTE VICENTE J. CASARES, 1898 A 1901.



PRESIDENTE MIGUEL CANÉ, 1894.

to a figuración social y política.

Pasando por alto muchos detalles, siempre meritorios, de su labor externa, trataremos de hacer una ligera descripción del edificio, que empezó a construirse en 1888 mediante un empréstito que los socios levantaron entre sí.

La entrada es amplia y de severo gusto. Desde el vestíbulo, decorado con relieves de color y varias estatuas que reproducen modelos de los museos de Roma, arranca la gran escalera, en cuya meseta principal luce sus líneas clásicas la blanca Diana, de Falguiere.

Una puerta da acceso a la Biblioteca, cómoda y confortable; su desarrollo tomó impulso en 1912 con la adquisición de tres mil quinientos libros, y posteriormente fué enriquecida con varias colecciones particulares, entre ellas la que perteneció al gran tribuno español Emilio Castelar, vendida hace dos años por su propietario el Marqués de la Vega Inclán. Actualmente consta de unos veinte mil volúmenes.

La sala de armas es sencilla y sobria, viéndose a sus costados armaduras medievales y grandes panoplias con espadas, floretes y otras piezas de desafío.

Los salones del primer piso conservan algunas obras de mérito; el de recepción, es bastante lujoso, y sin que pertenezca a un estilo determinado, tiene el carácter de la época en que fué construido el edificio. Cubren sus paredes grandes lienzos de Sorolla, Fromentin, Isabey y Van Loo (1759). En lugar apropiado se ve un mármol de Juana de Arco, por Falguiere,



SALA DE JUNTAS DESTINADA A LAS COMISIONES DE CARRERAS.



PRESIDENTE SANTIAGO LURO, 1883, 1885 y 1892.

y un bronce del escultor argentino Alberto Lagos, adquirido recientemente.

En las restantes salas hay cuadros de Goya, Perrault, Lhermitte, Manet, Bouguereau, Anglada Camarassa, Pradilla, Fantin-Latour, La Touche, Caro del Vaille y otros. También existen bellas esculturas como el «Caballo y el Jockey», de

R. Bonheur, y el «Sulky», de Grimaldi.

En una de las piezas interiores, llamada el manicomio, es donde se hace la inscripción de caballos para los programas de carreras. En el mismo piso están los billares y el salón de Bridge, de moderna factura.

Los comedores, lujosos y elegantes, constituyen con el fumoir y el salón de música, la parte más interesante del segundo piso. En los grandes banquetes oficiales se utiliza el comedor Imperio, de gran suntuosidad y riqueza. Es de forma ovalada, presentando en su decoración y en sus muebles artísticos motivos de bronce.

Otro más pequeño está amueblado al gusto Elisabeth de Inglaterra, lo mismo que el fumoir, cubierto con antiguos tapices. En ellos aparecen cabalgatas de cazadores y damas de guarda-infante, jaurías de galgos, halcones, gerifaltes y arqueros. Sobre la pared dos bargueños españoles y muebles de estilo «Jacobean», todo en un ambiente de buen tono. La sala de música, Regencia, sirve de tertulia para señoras en las grandes recepciones, y es una de las más vistosas. Tiene dos modernos jarrones de Sevres.

Para terminar la descripción, re-



FUMOIR ESTILO ELISABETH DE INGLATERRA.



PRESIDENTE CARLOS PELLEGRINI, 1882, 1888 y 1890.



SALA DE LECTURA Y BIBLIOTECA.

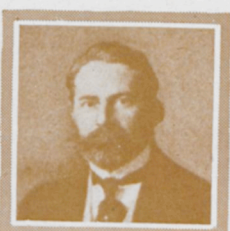


EL MODERNO SALÓN DE BRIDGE.





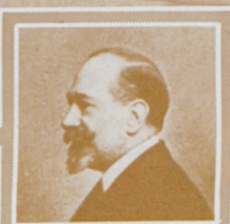
PRESIDENTE BENITO VILLANUEVA, 1902, 1903, 1907, 1910 a 12 y 1914 a 1916.



PRESIDENTE SAMUEL HALE PEARSON, 1912



SALA DE ARMAS Y ESGRIMA



PRESIDENTE ENRIQUE ACEBAL, 1906.



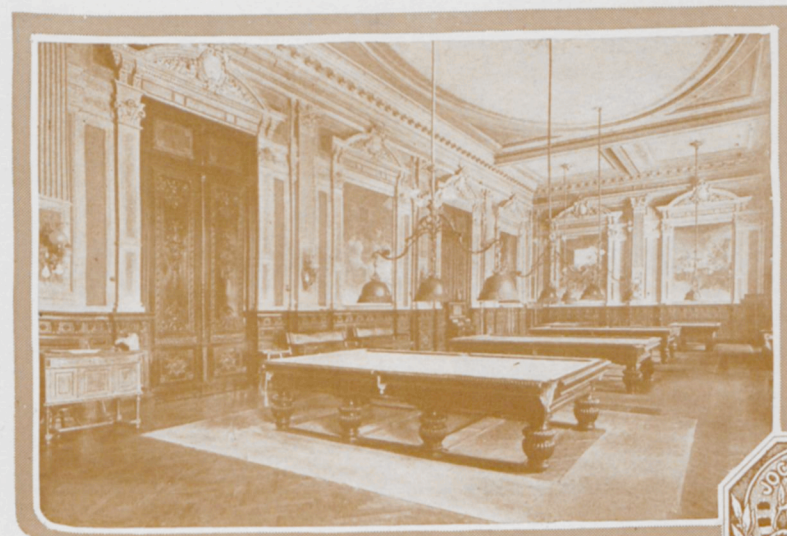
SALÓN DE MÚSICA.



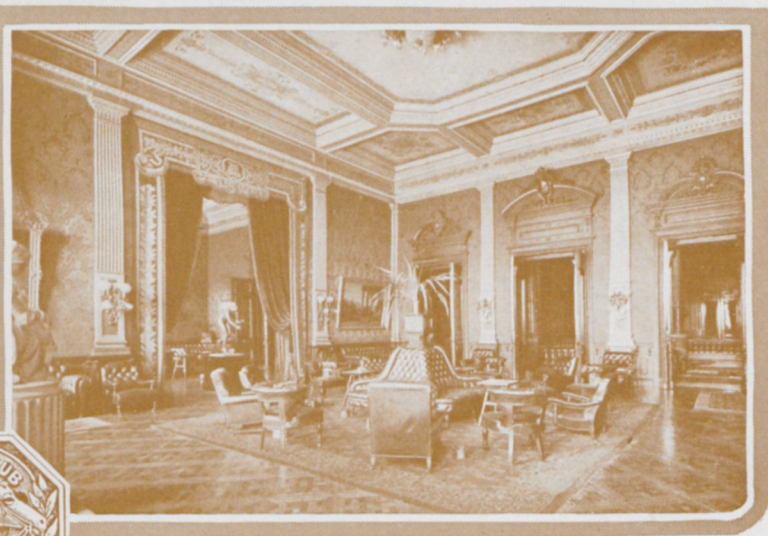
LA «DIANA», DEL CÉLEBRE ESCULTOR FALGUIERE.



TOILETTE DE SEÑORAS.



SALA DE BILLARES.



SALÓN DE RECEPCIONES.



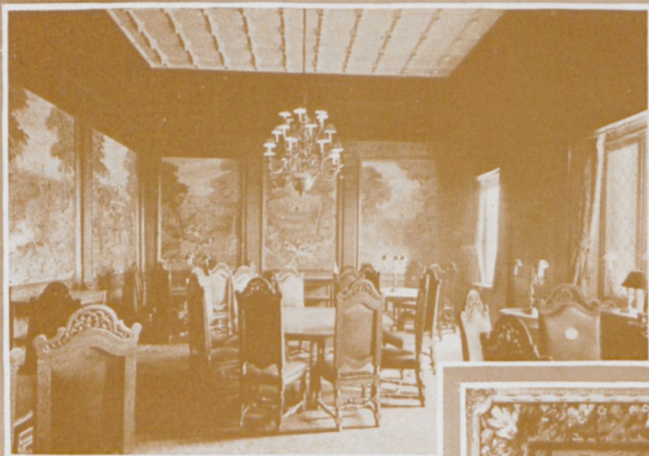
PRESIDENTE FRANCISCO J. BEAZLEY, 1904 A 1905 Y 1908 A 1910.



PRESIDENTE AGUSTÍN DE ELÍA, 1913.



COMEDOR IMPERIO, Suntuosamente decorado. El plafón es obra del pintor P. Ribera.



PEQUEÑO COMEDOR ELISABETH.



COMEDOR DE ESTILO REGENCIA.

cordemos la hermosa tapicería de Flandes que figura en uno de los testeros del comedor de confianza. Su antigüedad se remonta al siglo XVII y está copiada de un cartón de Rubens.

El «Jockey Club» tuvo su apogeo en el centenario de 1910, cuando se dieron las grandes fiestas agasajando a la Infanta Real Doña Isabel de Borbón, y al presidente de Chile, doctor Pedro Montt.

En otras fechas ha recibido al Duque de los Abruzzos, a los Príncipes Enrique de Prusia y al de Sajonia-CoburgoGotha.

Al presidente del Brasil, doctor M. de Campos Salles, al Barón von der Goltz, al ilustre francés Anatole France, y al duque de Richmond y Gordon; a Clemenceau, y al célebre inventor italiano Mar-



MAGNÍFICO TAPIZ DE LA ESCUELA FLAMENCA (SIGLO XVII) REPRESENTA



PRESIDENTE, MIGUEL ALFREDO MARTÍNEZ DE HOZ, 1917.

EL «SACRIFICIO DE DIANA» Y ES COPIA DE UN CARTÓN DE RUBENS.

coni; al pedagogo español Rafael Altamira, a los estadistas norteamericanos W. J. Bryan y Teodoro Roosevelt, y a muchas otras personalidades.

Resumiendo el aporte de actividades que han contribuido desde su fundación al progreso del «Jockey Club», es de justicia recordar la constancia de sus iniciadores, quienes tuvieron que responsabilizarse de los déficits ocasionados en los primeros meses de lucha. Desde entonces han ido sus dirigentes ampliando el radio de acción de esta sociedad, que gracias a las numerosas obras de filantropía y de interés público que realiza, viene conquistando desde hace mucho tiempo los títulos de patriótica y benéfica.





LOS CUATRO PRINCEPES ASIRIOS

por
ANTONIO
PEREZ
VALIENTE.

MUSICA
DE SAINT
SAENS

INTERPRETADA
POR ANA
PAVLOVA.

Suena el timbal y el tamboril.
Llegan los principes asirios.
Visten con telas de damasco
verde, rojo, amarillo.

Uno guarda en un cofre la riqueza;
carbunclos, amatistas, zafiros.
Otro levanta entre sus manos ágiles
un plato cincelado y bruñido.
Muestra la vida en frutos del Oriente,
cerezas de Corinto,
uvas doradas, nispolas
y dátiles de Egipto.

El tercero desprende de sus carnes
un velo transparente y finísimo.
Los colores del Iris lleva impresos
en la gama flotante del tejido.
Este tiene en sus manos la quimera,
el azul, lo infinito.

Prende el cuarto en la diestra
un espejo de plata terso y limpio,
donde se mira la belleza humana
— Libertad y dominio. —

Sobre el fondo cobalto, surge

la reina como un lirio.
Viste con la pompa oriental
de los monarcas primitivos.
Negra tiara de tisú briscado,
oro y carmin, el rostro lívido.
Los brazos como dos serpientes
se enroscan a su cuerpo divino.

En torno de la reina danzan
los cuatro principes asirios.
En sus ojos feroces hay lujuria
y en sus músculos recios, poderío.
Ella ciñe a sus hombros
el tul irisado y finísimo,
y ante el espejo se contempla muda
llena de ajorcas, llena de cintillos.
Luego rechaza el fausto de los principes,
porque tiene en su espíritu
la belleza inmortal
y en su danzar el ritmo.

Suena el timbal sonoro... Los magnates
danzan, maravillosos y magníficos,
y mientras danzan, flota sobre ellos
el Olvido.



CALMA EN EL PUERTO

La guitarra del abuelo.

En el campo, las cosas tienen alma y hay cuerpos intangibles; el misterio se anima y el silencio se oye...

No pudiendo ya mantenerse en pie, Inocencia se acostó en la misera camita que había sido, también, su cuna; — una cuna de orfandad — porque su madre murió, cuando recién la niña comenzaba a balbucear su nombre. El padre, — entregado a las tareas rurales, y casado en segundas nupcias, antes de terminar el año de viudez, con una extranjera, hija de colonos de la vecindad, — muy poco se ocupaba de ella, no sintiendo en su corazón otros impulsos que los de sus nuevos amores. La madrastra era colérica y egoísta,

y desde el primer instante consideró a la niña un obstáculo para la conquista de su dominio en el hogar criollo. ¡Ah, si no hubiera sido por el abuelo! El, hizo las veces de su madre, porque la amaba hasta la abnegación; pero, anciano y débil, ¿qué fuerza pudo oponer al avance de aquel despotismo, ante el cual su mismo padre se inclinaba, sin ninguna demostración de rebeldía? Aumentar, solamente, la intensidad de las violencias, empeorando, así, una situación, casi insostenible y difícil de modificar, porque, aunque el abuelo era dueño de la mayor parte del campo, su hijo lo era del resto, tratándose, pues, de una propiedad indivisa, labrada, ahora, no quedando libre de roturación en la inmensa planicie, más que el terreno en que el rancho se alzaba; la ondulada línea del arroyo y el monte, y una pequeña fracción destinada a pastoreo. Dividir la estancia, a sus años — pensaba el viejo — era un dolor. Ya lo había sido y muy duro, a causa de la transformación operada por los cultivos, que importaba, a su juicio, algo así, como la supresión de la agreste heredad, en la que los matices del verde alegraban sus ojos seniles, y en cuyas lejanías, el horizonte, celeste o rojo, hacía resaltar — por contraste — el color esmeralda de los pastos silvestres, llenando de tintes dorados y violetas las copas de los árboles y el agua amarillenta del estero. Habría sido, además, una decisión inútil, porque, ¿podía tener la seguridad de que no le quitarían la nieta, en represalia de sus actos? Inocencia estaba amparada, de ese modo, bajo la tutela convencional del noble anciano. El, la adormecía, tocando en su guitarra los estilos de «la tierra», cuando la noche borraba el contorno de las cosas, y el viento difundía en la llanura, tristes y misteriosas resonancias; y mientras las notas, impregnadas de agridulce melancolía, volaban en torno de su lecho, la voz del «payador» poblaba su alma de ritmos, con suavidades de caricia, como un vago rozamiento de pintadas mariposas evadidas de un ensueño... Su abandono tenía, pues, algunas compensaciones.

La niña, — entretanto, — se desarrollaba con lentitud, castigada por el mal heredado de su madre. Su aspecto enfermizo se acentuaba cada día, produciendo en el viejo hondos preocupaciones. Entonces, éste, no pudiendo reprimirse, y exponiéndose a las iracundias de su nuera, tomaba a la enfermita de la mano y la llevaba a su cuarto,



en donde la colmaba de cariños. Luego, para hacerla olvidar sus tristezas, repetía en la guitarra su vasto repertorio de músicas alegres, de romanzas nativas, cuyas rimadas letras, provocaban en su espíritu sensaciones de un mundo más amable, en el que los dolores eran desconocidos. No obstante, pronto el encanto se rompía, como fino cristal entre groseras manos, a los gritos de aquella mujer maligna, que no la dejaba un momento de reposo; que no la permitía ni el inocente pasatiempo de escuchar aquellas notas, ricas de expresión, que el anciano arrancaba a su instrumento sonoro, con sólo posar las manos en las cuerdas, con la misma facilidad del que abre la puerta de una jaula para que vuelen los pájaros cautivos. Para ella, su abuelo y la guitarra, eran una misma persona; un alma y un cuerpo; una creación, en fin, de su imaginación rudimentaria.

Pero, un día, el pobre viejo suspendió de pronto los bordoneos y los cantos, e inclinó sobre el cordaje, para siempre, su cabeza de nazareno campesino, quedando en actitud de imprimir en él un largo beso. El desconsuelo de Inocencia, no tuvo, entonces, límites. Si hubiera muerto su padre, — allí presente, — no habría derramado más abundantes lágrimas.

— ¡Tata viejo! ¡Tata viejo! — gritaba, enloquecida, abrazándose al cuello del anciano.

Como los sufrimientos la hicieron reflexiva, — a pesar de la edad, — comprendió, sin embargo, que aquella muerte envolvía en densas obscuridades su destino, y tuvo la visión de una senda borrada, de repente, en medio de una soledad infinita.

Desde ese instante, la guitarra fué más que un «recuerdo» para ella: una santa reliquia, símbolo de sus horas de olvido y de abstracción. Colgada a un clavo, en la pared del aposento, recibía el homenaje de silenciosa adoración. Cuando su padre y su madrastra dormían, ella la descolgaba cuidadosamente, y en aquellas cuerdas — todavía en tensión — que tantas veces vibraran en su obsequio, posaba sus labios ardorosos, sintiendo, estremecida, en ocasiones, como el incierto resonar de un acorde, a la manera de esas melodías inconclusas, que en el sopor de la noche suele traer el viento, de parajes muy lejanos... Esas vagas armonías; esas leves cadencias, sin forma y sin compás, eran, acaso, las postreras notas que el abuelo dejó enhebradas en las cuerdas, para hacerla presente

su cariño. Sí, el querido abuelo estaba ahí; tal vez su aliento se conservaba en el interior de la caja, junto con la canción interrumpida por la muerte.

Esta obsesión ingenua, tomaba cuerpo, a medida que la enferma se agravaba. Había transcurrido el tiempo, y su adolescencia, como una flor helada, iba a deshojarse antes de abrirse.

— No puedo más, tata, — dijo a su padre, que la miraba con sorpresa, porque, recién después de haberle dicho que estaba enferma, él notó su enfraquecimiento y demacración y el hundimiento de sus ojos, cada vez más brillantes por la fiebre.

— Andá a acostarte, — le contestó, — sin esperar el asentimiento de su mujer.

Y esa fué la primera y la última concesión que hicieron a la mártir, pues, antes de medianoche ella se sintió decaer tanto, que no tuvo fuerzas para pedir socorro.

El padre dormía profundamente, cuando la madrastra creyó oír un rumor sonoro, como de una música distante. Sentóse en la cama, sobrecogida por temor inexplicable, porque el preludio tenía mucha semejanza con los rasgueos armónicos que el viejo ensayaba al comenzar sus cantos. Por la tosca ventana sin vidrios, miró hacia el campo, con el propósito de aclarar el insólito misterio. Era una noche de luna, tan resplandeciente y tan serena, que las hojas iluminadas de los pastos parecían partículas inmóviles de hielo y hasta los mismos terrones de los surcos presentaban aristas y facetas, como si toda la extensión estuviese cubierta de millares de prismas y poliedros de celeste cristal.

En el silencio, el preludio percibiéndose con nitidez completa. Pronto, una voz tenue se hizo oír entre las notas ligadas de un acompañamiento inenarrable, tal como si alguien cantara desde el fondo de un abismo. La canción terminó, al fin, con un fuerte estallido, como de un objeto que de golpe se rompiera.

¿Fué una creación de aquella mente inculta, predispuesta a la sensación inverosímil?

Todos los vecinos del lugar no dudaban de la realidad del fabuloso acontecimiento, con mucha mayor razón, cuando tuvieron la oportunidad de ver muerta a la pobre adolescente, y caída, junto a su camita, con las cuerdas rotas, la guitarra del abuelo.

SANTIAGO MACIEL.

DIBUJO DE ZAVATTARO.

Pastorela

¿Eres tú su pastora, viejecita, o te sirve de lazarillo caprichoso?
¿Quién te hizo pastora a tus años, o quién te aseguró que una cabra pueda servir de guía?

A los temblores de tus manos y de tus pies has unido los temblores de un roncal, y tus ojos turbios tienen que elegir el camino para dos.

Tu puesto está en el hogar donde necesitas calor hasta en el verano. Aunque hay niños pastores y tú volviste a la niñez, no es para ti la pastoria. Usurpas el oficio a una moza de pies firmes y lindos, de manos cálidas, de ojos clarísimos, a una hermosa pastorcita, flor de églogas, cimbel de enamorados.

¿Quién te hizo pastora a tus años, viejecita?
Si en tu cabeza, también trémula, hay una chispa de locura, elige otra manía, viejecita, porque esa puede costarte la vida. Y tú amas la vida como los náufragos; tú sientes miedo a la Implacable. ¡Busca la resaca y juega como los niños!

Una vez fuiste hermosa: ¿dónde fuiste joven y bella?; ¿en estos sitios o en lejana comarca? Entonces tus ojos azules tenían un mirar hechicero, brujo. Eras la Esmeralda sin la cabrita juglar, y los hombres te seguían. Entonces pudiste ser pastora: la cabra te hubiera servido de pretexto para citas de amor.

Así no habrías tenido que inventar mentiras buscando ocasiones a hurtadillas, mientras el puchero hervía falto de tu vigilancia y tu corazón palpitaba fuera de la vigilancia materna.

¿Quién te hizo pastora a tus años, viejecita?
¡Qué mundo lozano y fresco, qué fruta jugosa fué para ti la tierra, qué poma amarilla, verde y rojiza! Hoy únicamente arrugas de recuerdos hay en tu agonizante fantasía. Un mundo paso, pasa agria y dura de mundo, es la tierra; tus encías sólo pueden triturar oraciones, tus labios sólo tiemblan de frío, en tus ojos se estancan las lágrimas.

¿Quién te hizo pastora a tus años, viejecita?
Hablas con la compañera de tu vejez y tu voz regañona se parece a sus balidos. Todas las hierbas que ves se las ofreces, cuidadas. Sus caprichos y tus regaños forman armonía con las voces suaves de la naturaleza que os rodea. Vagáis por el monte en busca de lo que podíais hallar más cerca. Así es el destino de todos.

¿Quién te hizo pastora a tus años, viejecita?

Respondió la anciana:

Soy pastora por deber. Esta cabrita no es mi lazarillo: es el lazarillo de mi raza. Tiemblo por el pasado y por lo futuro.

Tal vez una pastora moza y bella no haría lo que yo: el amor es enemigo del cariño, y sólo el cariño es mi ley.

En mi cabeza trémula existe un raudal de locura, y un tesoro de amor. Amo la vida como los capitanes, no como los náufragos.

Fuí hermosa y me creyeron divina; más hermosa que una manzana tricolor y más dulce que pasa de uva; pero ahora me juzgo más bella.

Porque perdí una hija y no perdí una hija, pues me dejó un nieto. Y esta cabrita caprichosa es la nodriza dócil de mi nieto.

El es el porvenir, el mañana prometedor lleno de esperanza y fe.

Por eso, desprecio el descanso cálido del hogar y recorro el monte en busca de hierbas que plazcan a la nodriza; por eso hablo con ella regañonamente a pesar de la Implacable, mascullando oraciones, temblorosa de frío, con las lágrimas estancadas en mis ojos cansados.

Por él, por su vida, por futuras vidas a quienes adelanto mi cariño, híceme pastora a mis años.



Eduardo
del
Laz

Dibujo al
carbón
de Alonso



La CRÍTICA Y LAS EXPOSICIONES.

Hasta ahora, que yo sepa, se han ocupado del Salón de Bellas Artes seis o siete publicaciones. Los críticos encargados de tal misión, a no dudar, son personas bien intencionadas, que han tenido por conveniente publicar sus opiniones en letras de molde, ejercitando con ello un derecho que no se discute. Pero yo, que he leído detenidamente los juicios emitidos—por estar poco seguro de los míos—no he podido, a pesar de mi empeño, sacar ninguna conclusión que pudiera ilustrarme, y puede afirmarse que los artistas tampoco. Tan diversas son las opiniones, los argumentos tan distintos, las apreciaciones tan extrañas, y a veces tan opuestas, que mi buen deseo se ha estrellado. Ante este caso (que es el mismo de siempre) yo me pregunto: ¿De qué sirve la crítica? ¿Quién está en lo cierto? ¿A quién harán caso los artistas?

En mi deseo de salir de dudas, acudo a otra prueba: ¿Quién razona con más acierto? ¿Quién se apoya en argumentos más sólidos? ¿Quién es más lógico en sus afirmaciones? Y al tratar de aclarar estos interrogantes, veo que las sombras aumentan y las esperanzas puestas en la crítica se desvanecen.

Así, pues, y mientras se halla otro medio mejor, hay que resignarse y aceptar la opinión de cinco o seis señores, que en nada concuerdan, y nada más.

¿Es esto suficiente para saber con seguridad, o siquiera aproximadamente, qué es lo bueno y qué es lo malo? ¿Qué beneficio, qué enseñanza puede sacarse de todo esto? Desgraciadamente, hasta ahora, permanece en el misterio lo más esencial: la opinión de los espectadores, porque aun no se ha encontrado el medio de que la expongan libremente. Esto podría ser importante y quizá decisivo, pues, lo repito, la crítica de los profesionales no es suficiente ni mucho menos.

El cuadro, la escultura, las artes plásticas en general, no gozan del beneficio de la obra teatral, por ejemplo. En este caso, la incógnita se despeja franca y resueltamente; el fallo público se hace ver, se impone sin necesidad de intermediarios y el autor sale de dudas. La obra musical goza de iguales o parecidos privilegios.

Con la producción literaria también hay muchas formas, con las cuales se entabla relación indirecta entre el público y el autor; y por ahora no queda más que lamentar no se haya encontrado el medio de hacer extensivo estos beneficios a las artes de que me ocupo, y que seguramente ocasionaría sorpresas interesantísimas.

Generalmente el público acude a los certámenes de arte con manifiesta curiosidad; pasa por de-

lante de las obras expuestas, se detiene ante aquellas que más llaman su atención, las comenta en voz baja, — o no las comenta, — forma su criterio y se marcha. Si sus aficiones van por esta corriente, vuelve, rectifica o afirma sus juicios, y como no ve la necesidad de exteriorizarlos, rara vez llegan a oídos del artista.

Así, pues, queda en el silencio la opinión de más valía, la que pudiera pesar de un modo inapelable y definitivo; y como no se escucha más que aquella otra que por gozar de privilegio distinto influye en los que no pueden o no quieren tomarse el trabajo de discurrir, y esperan la opinión ajena para plegarse a ella, parece adquirir más proporciones de las que en realidad tiene.

Es de lamentar, pero es así. No soy de los que creen que el artista debe pintar para satisfacerse a sí propio. No; esto es falso y mezquino. El artista necesita el eco, el juicio de los demás sobre su obra; por eso expone. Si pintara para sí, le bastaría su propio juicio y no expondría; guardaría sus obras, y al recrearse en ellas, en la soledad de su estudio, se sentiría satisfecho. Pero no es, ni debe ser así, porque la obra de arte no es solamente para el autor, sino muy principalmente para los demás, pues de este modo cumple su misión más noble y generosa.

Para que esto se realice cumplidamente hay que tener presente un factor de capital importancia: el lugar donde se exhibe y que, debido a las sorpresas que ha revelado, empieza a tenerse muy en cuenta.

El pintor ejecuta su obra dentro de un ambiente determinado, con medios que faciliten su desarrollo, pero desconoce su valor en cuanto se aparta de ese medio, y mucho más la influencia que han de tener en ella las otras obras que han de acompañarle en la exposición.

Hasta hoy el lugar elegido para estos certámenes de arte, es El Salón, donde se agrupan las producciones que previamente han sido admitidas por el jurado. No soy de los que creen en la mala voluntad de estos señores; por el contrario, pienso que

son personas bien intencionadas y que proceden de buena fe; ninguna razón se opone a ello. Pero el número de obras, las condiciones del local, la luz, los tamaños, las entonaciones son problemas imposibles de resolver con absoluto acierto.

Y es que, aunque sea doloroso, hay que reconocerlo. El Salón, lleno de cuadros, es de un efecto desagradable. La impresión que se recibe al recorrer las salas es confusa, desconcertante. El chisporroteo de las diversas coloraciones, las audacias de los asuntos y procedimientos, hasta la variedad de tamaños, impiden fijar la vista y mucho más las ideas. Las facultades analíticas se bifurcan, se ramifican y se pierden, y no hay forma de ordenarlas, porque el reposo y la serenidad necesarios se encuentran en el lugar menos conveniente para determinar juicios. Es en suma, un depósito de energías acumuladas que se anulan entre sí.

Este es el lugar preferido por nuestros artistas para exponer, y donde se libra una verdadera batalla en la que todos salen perdiendo.

El primer sorprendido es el pintor. Rara vez — por no decir ninguna — la obra expuesta conserva todo su valor, y el autor se encuentra de pronto con que aquélla, al chocar con las demás, ha mermado de valor en una proporción inconcebible. Y tan cierto es esto que, si después de colocados los cuadros, se concediera el derecho a retirarlos, muy pocos serían los que continuarían exhibiéndose.

¿Qué hay, pues, de afirmativo en este espectáculo? La emulación se detiene, se paraliza; y los certámenes de que me ocupo vienen, por tanto, a ser todo lo contrario de lo que se proponen.

Estas y otras razones que a mí se me escapan van acentuando, cada vez más, lo ilógico de esta clase de exposiciones aunque se empeñen en persistir. La exposición individual va adquiriendo cada vez mayor prestigio, porque en ésta dependen exclusivamente del autor los complejos problemas que nunca deben estar supeditados a la voluntad y acierto de otras personas.

Y porque alguna relación tiene con lo que aquí afirmo, termino transcribiendo este párrafo de Georges Lecomte, que leí hace algún tiempo: «A la hora presente, es en las exposiciones particulares sobre todo, donde los artistas innovadores, atentos a traducir las ideas y las costumbres de nuestra época en una forma que responda a nuestra sensibilidad, reclaman más libremente sus esfuerzos.»

JULIO H. URIEN.

DIBUJO DE ALONSO.



MODOS DE VER EL ARTE, SEGÚN EL TEMPERAMENTO

DIBUJO DE ACQUARONE.

UNA CORRIDA DE TOROS EN LA PLAZA MAYOR

Buenos Ayres, la Muy Noble y Muy Leal, título nobiliario con que honrara a la ciudad Felipe V, en 1716, aprestábase jubilosa a festejar el restablecimiento de su gobernador don Pedro de Ceballos, a quien grave dolencia postrara en el lecho.

Bien merecía Ceballos tales demostraciones por sus altos merecimientos, como gran soldado y buen gobernante. Aunque de altivo carácter y tesonero en sus rencores, su caballerosidad, su energía, su ánimo alzado, habíanle granjeado el corazón del pueblo, que, encariñado, hizo de él su héroe y mucho se holgara al saber su mejoría. A aumentar su afecto contribuía el saber que la causa de su enfermedad, otra no era que la grande pena y enojo que hubo, al saber las nuevas de la Paz de París, por la cual tornaban a poder del Portugal, la Colonia del Sacramento y los territorios y fuertes del Río Grande, conquistados por él, al frente de los valerosos criollos del Río de la Plata.

Tras mucho opinar y más discutir, que en la soñolienta vida de la porteña ciudad todo asunto magnificábase y requería largo hablar, quedó aprobado el plan de festejos: luminarias, mojigangas, cucañas, sortija, cohetería y, como mayor espectáculo, una corrida de toros.

Tuvo lugar la corrida en la Plaza Mayor el día 25 de febrero de 1764. Con antelación y con gran priesa, obróse todo lo menester, que no lerdos anduvieron en la faena los alarifesconstructores, magüer menguado medro les produjera. Mercóse al fiado el maderámen para andamiajes, prestaron los troperos sus carretas para manguera y toril y los más pudientes obsequiaron cueros para las barreras. Cercóse la plaza con tablas, levantáronse graderías y paicos y el edificio del Cabildo, que formó testera, paraméntose lujosamente, cubriéndose el barandaje con adamasados tapetes y moriscas alcatifas. En el balcón central, en el que destacábase el moderno escudo de la ciudad, dos naves y una paloma, levantóse el regio dosel con colgaduras y sitial de rojo terciopelo. Admirábase en la torre y era objeto de comentarios, el reloj que en ese año trajera de España don Juan Sánchez de la Vega. Escombróse y allanóse el redondel y se coronó el todo con gran copia de banderas y gallardetes.

El lado del Fuerte, llamado de «La Mariquita», se reservó para clérigos y estudiantes de San Francisco y San Ignacio; el costado de la Catedral para familias; el correspondiente al Café de los Trucos para el populacho, y el balconaje del Cabildo para autoridades y damas.

Amaneció el día tan hermoso, como si parte quisiera tomar en el popular regocijo. Madruguero el pueblo se adueñó del redondel; holgóse con el «estafermo», monigote vestido con botarga de angripola; toreó a su guisa embolados novillos, que hartos sustos produjeron en los chapetones lidiadores, que no salieron horros de un bravo revolcón.

En tanto llenábanse las graderías. En el lado de los «Trucos» grande era el bullicio y la algazara. Allí se había allegado toda la gente arrabalera y de los pagos aledaños; allí estaba lo más pícaro y maleante del Barrio Recio; allí los vaqueros y gauderios; allí los negros libres y los indios amigos, entre éstos algunos Quilmes, descendientes de las familias traídas a Buenos Ayres en tiempo de Villacorta. No faltaban tampoco mulatillas y mestizas, de vellidos ojos y suelta lengua, ni mozuclas de vida alegre y carne pecadora, que, como tizones del infierno, encendían carnales lumbres en la taifa de bellacos que al retórtoro andaban. Hacían las pulperías y bandolas, bajo las graderías instaladas, mucha granjería; mercábase horchata y vinagrillo, roscas de maíz y vino de Cuyo endulzado con arrope, no faltando para los recios gaznates, chicha y aguardiente reseado, para cuyo beber servían de acicate,

aceitunas de Córdoba aliñadas con fuerte picante.

En la gradería de la Catedral corrian de mano en mano ventruadas botas y no se olvidaba el yantar, dando cala y cata a las barjuletas y tipas de cuero, bien provistas de viandas, a prevención llevadas; todo amenizado con el sonar de algún fandanguillo retozón, rasgueado por el más músico del corrillo.

En el costado de «La Mariquita», no era tampoco menor el vocerío y holgorio, a pesar de la presencia de clérigos, quienes, aunque prohibiérales Pío V la asistencia a tales espectáculos, a olvido tenían en tierra de América tal vedamiento.



Era recia la calor y el polvo que del redondel se levantaba asfixiante, magüer la prevención de un copioso riego. El sol ponía sudorosas las frentes, que a resguardar de sus rayos no bastaban los chapeos, que de todas layas allí se mostraban; desde el de ancha ala y lengua pluma hasta el que apodaban los chuscos, de tres candiles; bien que la mayoría sólo tuviera por montera su tupida mota o hirsuto cabello, mal sujeto por pringosa binza.

Iban arribando las autoridades al Cabildo, en cuyo portal recibíanlas ceremoniosamente los regidores Riglos y Lezica. Balcones y salas llenábanse de gentiles damas, acompañadas de graves hidalgos, de afeitado rostro y empolvada peluca. Con traje de corte se presentaban los caballeros; zapato de reluciente hebilla, media de seda, calzón corto, chupetín y casaca de rica estofa, muy bordada con pasamanería de oro y plata; espadín de salón y sombrero tricornio. Lucían las damas faldas de mucho vuelo, jubón de estrecha cintura y holgadas mangas; todas enjoyadas con arracadas de plata y diamantes, pedrerías y ahogadorcillos de perlas; tocadas sus cabezas con alto pei-

nado, lazos y plumas, ostentando algunas blanca mantellina de encaje, prenda aun no adoptada por todas las damas de señorío.

A la vera de las damitas, gravemente sentadas en camoncillos y almadragues, muy amartelados los galanes obsequiábanlas con dulces de Cuyo, alfajores de Córdoba, tortas de rosa, bizcochos de las Catalinas, muñecos de alfeñique y corazones de alcorza, que ellas decentaban tras muchos melindres.

Al toque de clarines despejóse prestamente el redondel, al tiempo que aparecía en el balcón su Señoría don Pedro de Ceballos.

Redoblaron los atabales, sonaron las músicas, destocáronse los caballeros y el pueblo hizo clamoroso acogimiento a su gobernador, con entusiasta vocerío. Saludó gravemente su Señoría a todo el concurso, tomando asiento en el sillón de honor. A su vera colocáronse los dos maceros del Cabildo, vestidos con roja dalmática y con las mazas de plata al hombro. Dió el Alguacil Mayor de la Ciudad la señal de dar comienzo al espectáculo.

Abrióse el portón frontero al Cabildo, empezando acompasado desfile. Encabezaban la marcha, dando marciales toques, los clarineros de la ciudad, seguidos por el Escuadrón de Dragones; dadas dos vueltas al redondel, formaron en fila bajo el balcón central. Regocijada mojiganga de enanos y gigantes, salió luego; venía después, al sonar de pífanos, tamboriles y chirimías, una cuadrilla disfrazada de indios y moros, con mucha chaquirá, cuentas, canutillos y madroños en sus

trajes. Al final desfilaron los lidiadores: galanes, rejoneadores, varilargueros, rehileteros, chulos y sirvientes; unos a pie, otros en bien almohazados corceles. Un galán presentóse vestido a lo morisco: aljuba de brocado, blanco alquicel y turbante con garzota de rojas plumas, jinete en un bridón azulejo, con moruna silla lujosamente obrada. El otro galán lucía casaca de camelote y capa corta con orofres de plata, enjaezado el caballo con silla de rejonear de arzonero alto, chapeado rendaje, estribos vaqueros y aguda rodaja en el calcañar. El resto de la cuadrilla iba de zapato, medias rosadas, bien prieto calzón, colete de ante, mangas de terciopelo y redecilla en la cabeza.

A la segunda clarinada retiróse el cortejo, tornando de la misma guisa en que hizo la salida. Abierta la puerta del toril, salió el primer toro. Era la torada de la Estancia de Rivero, de mucha cornamenta y harto cimarrones.

Siguió la lidia con sus variadas suertes. Capearon al animal los peones, luciendo su agilidad y sus gáyas capas; mostraron su destreza los rehileteros, unos lanzando a distancia el agudo dardo sobre el toro, otros allegándose a él, hasta clavarle el rehilete, con tanto riesgo de recibir una cornada. Muy aclamados fueron los varilargueros al contener con la garrocha la arremetida del furioso bruto, bien que más de uno rodó, desazonado, por el suelo. En las suertes de matar, hiciéronlo a caballo y por turno los galanes. El primer toro fué muerto de una terrible lanzada, el segundo de un rejonazo. Toro hubo tan marrajo que menester fué desjarretarlo con la media luna.

La calor, el vocerío, la emoción del espectáculo, lo arriesgado de las suertes, la sangre de los brutos, la música, la cohetería y el acicate de bebidas, enardecían al pueblo, llevando al colmo su entusiasmo, que se desfogaba viviendo a los lidiadores y aclamando a don Pedro de Ceballos. Retiróse éste de la Plaza al salir el tercer toro, siguiendo y finando la corrida sin cosa mayor que mencionarse.

B. J. MALLOL.



DIBUJO DE FORTUNY.



PESCADORES DE CUDILLERO (ASTURIAS)

ÓLEO DE MARTÍNEZ CUBELLS.

El automóvil que sólo anda los domingos.

I

Ahí está, en la puerta de la casa, la familia del automóvil que sólo anda los domingos. El padre, la madre, los tíos, las tías, unos amigos, los chicos. Detrás de las ventanas de la casa el servicio doméstico, poco favorecido por la suerte, espera con ansiedad el automóvil. En el segundo piso, la mucama y el mucamo mascan los respectivos mangos de escoba y de plumero. La cocinera ha elegido la sala, pues siendo baja de estatura — tal como el fogón lo exige — necesita subirse sobre una silla para ver mejor. Mientras espera el automóvil no olvida sus quehaceres y despluma un pollo, y cuando la mano ofrece toda su fuerza a los ojos para saciar la sed de su curiosidad, el pollo, que se supone solo, alarga el cuello hasta el visillo y mira también el imponente espectáculo de la familia que espera el automóvil que sólo anda los domingos. Es un espectáculo que se ve una sola vez en la vida y el pollo resucita para verlo.

He observado en nuestras provincias, con un interés particular, los detalles de la fiesta patria. Me acuerdo de la comisión parlamentaria que el 25 de mayo debe recibir al Gobernador en la puerta de la Legislatura. El momento es hondo y solemne. Nuestros provincianos se tñen el cabello, y los menos esmerados se ponen brillantina en la onda serrana que oscurece el mármol preclaro de sus frentes.

La familia que espera el automóvil que sólo anda los domingos me recuerda, por su gravedad, por el patriotismo de sus ropas, por la arruga pensativa que cruza la frente de las personas mayores, la comisión parlamentaria que espera, en la puerta de la Legislatura, al Gobernador para acompañarlo al Tedéum. El automóvil no llega.

El gremio de chauffeurs siendo el más nuevo, es uno de los mejor organizados. A una organización social le sucede una cooperación secreta. Los chauffeurs son los intermediarios entre el placer de andar en automóvil y el secreto telúrico del motor, como los sacerdotes son los intermediarios terrestres entre los pobres hombres y el secreto que sigue a la muerte. Uno puede ser dueño de un automóvil, pero no adquirirá jamás la posesión completa. Entre usted y el automóvil es preciso colocar al chauffeur. El chauffeur es el empresario tenebroso de vuestro automóvil. Si el chauffeur lo quiere, el automóvil se reirá del dueño, y si el dueño lo quiere, a pesar del chauffeur el automóvil dejará al patrón en mitad del camino, el motor saltará por partes, los frenos no funcionarán, los neumáticos explotarán sin remedio. La experiencia aconseja, pues, contratar un chauffeur de buena voluntad que quiera tener la bondad de llevarnos en automóvil.

El automóvil que sólo anda los domingos, día de reposo hebdomadario de la digna familia de almaceneros, no llega. Como no tiene chauffeur oficial, el gremio no autoriza la circulación del coche. Una mano invisible le desnivela un bidón, le desarregla una pieza, le desajusta un tornillo, le pincha un neumático. Esta persecución lenta e inteligente, persuadirá un día al propietario del automóvil que sólo anda los domingos, a no pasarse sin la ayuda espiritista de un chauffeur. Los espíritus no vienen sin que un médium los reclame. El automóvil no anda sin un chauffeur que lo encante.

Pero en esto, el automóvil que sólo anda los domingos aparece a lo lejos, jugando a las escondidas detrás de un coche. ¿Será nuestro automóvil? ¿Será otro? Un carrito de mano le sigue a la par. El carrito de mano y el automóvil vienen corriendo, sin duda, una carrera. La tortuga y la liebre. Una sonrisa de alegría, nacida en el vientre de toda la familia, agita en su último estertor al *aigrette* de la señora. Han reconocido al automóvil detrás de un coche de plaza que le obstruye el paso. Por momentos, el carrito de mano amenaza con desprenderse del automóvil y ganarlo por una cabeza. ¿Será posible? La distancia se

acorta. El automóvil, con esa picardía de un pariente que llega a comer sin que se le espere y quiere darnos un susto al par que una sorpresa desagradable, adelanta apenas un ojo, diciéndose para sí: «¡No me han conocido todavía!» El carrito de mano se aprovecha de la circunstancia y, como un parejero que ha guardado fuerzas y el jockey lo larga frente a las tribunas populares, acaba de pasar resueltamente adelante. Viene al trote, y no sólo ha dejado atrás al automóvil, sino también al coche de plaza. «La maniobra favorece, sin embargo, al automóvil, — se dice al unísono la familia, — pues ha dejado la otra mitad de la calle libre». El drama alcanza a su momento álgido. Mejor dicho, el telón de boca se ha corrido: el coche que no lo dejaba pasar — por supuesto — trae el auto a remolque.

El automóvil que sólo anda los domingos, tiene algo que no se explica en el motor. Y como esos perros que siguen en tres patas al coche de los amos, a pesar de tener una pata quebrada, el automóvil avanza reposando sólo sobre tres ruedas. La otra rueda la alza en alto mostrando su neumático desinflado.

II

Gracias a que había suficientes personas, se ha podido establecer en un rato al aire libre un taller de reparaciones. Todos se han sacado el sombrero y los guantes, y algunos el saco. El dueño del



automóvil que sólo anda los domingos, le ha tocado en suerte hacer el buzo. Saca de los bolsillos del automóvil un traje funda de mecánico. Disfrazado de una sola pieza, se arrastra bajo el vientre del coche para ver de descubrir donde está el secreto del percance. Acostumbrado a leer folletines, tiene confianza al puesto de observación, pues está «agazapado» como están todos los detectives de las novelas policiales. El resto de la familia se ha desparramado en guerrilla a los lados y sobre el automóvil, para sorprender si le es posible las causas de la «panne». Uno observa atentamente la aceitera. Otro no le saca los ojos al reloj kilométrico. Una niña se ha subido a la capota y espía en las arrugas de la tela, la aparición de un animal ajeno al automóvil, o de un diablo que ha poseído al coche como a un hereje en la Edad Media. La señora se ha sacado una horquilla del rodete y, acostumbrada a limpiarse los oídos, persigue con la horquilla todos los ombligos del motor, y consigue acá y allá un poco de grasa que sus dedos sabios analizan. El hijo mayor ha tomado por su cuenta el riesgo de la manivela. ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres! Da vuelta con toda la fuerza de su alma. El motor no toma. El padre, decúbito-dorsal, continúa perdido en las entrañas del motor, sin descubrir nada interesante. El aceite sigue impenitente su función. Cae gota a gota sobre su bigote. La chica, encargada de la aceitera, cumple su consigna al pie de la letra.

La cocinera, reducida a su mirador, juzga llegado el momento oportuno para ofrecer su concurso. Al fin y al cabo, es ella la más mecánica de toda la casa. Ella maneja la cocina económica, el contador de gas y el calentador a petróleo. Ha sido siempre la preferida de los chauffeurs del barrio. Ellos le han aclarado los secretos del motor, y poniendo el pollo a medio pelar sobre el pescante, el pollo muerto desilusionado, marca con las agujas el punto de la partida. El hijo mayor vuelve a la manivela. El coche no arranca; el motor

no marcha. El amor propio de la cocinera le sale como un pimentón a las mejillas. ¡Eso no es posible! ¡Ella debe dar en la tecla! ¿Qué tiene el motor? Revisa todos los rincones, abre todos los frenos, da presión al aceite y a la bencina y abre todas las llaves que apercebe. Sólo una no cede. Cerraba al revés. Por fin la abre. Manivela; y el motor toma y se echa a andar entre el griterío de todo el barrio que ha acudido al espectáculo. Si no había andado antes era porque la llave que se abría al revés, no había sido abierta. ¡Era la llave de la bencina!...

El coche anda; pero como todo está abierto en él: llaves, frenos, velocidades aceleradas, velocidades medias, velocidades negativas, marchas hacia atrás, etc., el automóvil anda, pero a topazos, a saltos desiguales como un kanguro, va, viene, a la izquierda, a la derecha. La cocinera, sorprendida por el miedo, — el automóvil da patadas a todos los lados, — pierde la sangre fría y sólo piensa en salvarse ella y en salvar el pollo. ¿Se arrojará? ¿Se agarrará fuertemente al volante? He ahí el dilema. La familia, consternada, sigue el viaje o el manto de la cocinera. El patrón, decúbito-dorsal, lo han olvidado por tierra, como un picador caído del caballo. El automóvil continúa. Topa, salta atrás, salta adelante, y como cada cual le da un consejo y la cocinera duda de hacer lo que le dicen, pues a nadie mejor que a ella le consta la ignorancia supina de la familia en mecánica, no se atreve a ejecutarlos. Por fin

una buena vecina tiene una idea genial. Generalmente, cuando dos perros se encuentran en la calle y resuelven sus cuestiones íntimas, la única manera de separarlos, pues se han tomado con todos los dientes el uno la oreja y el otro al cuello del enemigo, es echándoles una palangana de agua encima. La sabiduría en los incidentes callejeros aconseja el uso del agua fría. La vecina, a su edad, no podía ignorarlo. Así es que se acerca al automóvil con una palangana llena de agua, y la vierte por partes casi iguales sobre el automóvil encabritado y sobre la cocinera. El agua debía calmar el ánimo conturbado y devolverle a la cocinera la sangre tan fría como la tenía al hacerse cargo del volante. Así fué que en posesión de sus cinco sentidos, le encargó a uno

de cerrar la llave de la bencina que es el «eureka» del automóvil. Y el automóvil se detuvo.

III

Como el fraile que había inventado la pólvora, la cocinera debía sufrir las consecuencias de su descubrimiento: la llave de la bencina. Una vez que el automóvil volvió a ser el tranquilo bicho cascarudo de un momento antes, la cocinera, con esa elegancia de un sportsman que deja el coche con un tul en la mano, dejó el automóvil con el pollo en la mano para tender un brazo al primer árbol y apoyarse en él como los ebrios que devuelven al pie de los árboles sus litros de vino. El viaje en automóvil había mareado a la cocinera. El público rodeó a la heroína. El automóvil en medio de la calle como el automóvil que ha atropellado a alguien, recibía la mirada llena de odio de los que pasaban. Apenas si distinguían, entre tanta gente que la rodeaba, a la cocinera. Uno de los transeúntes pudo ver algo, y se volvió a un grupo de curiosos, diciendo:

— El automóvil le ha estropeado un brazo. La mano se le ha hinchado exageradamente y el dedo grande parece la cabeza de una gallina.

Todos los que lo oyeron, y que fué una multitud, se persignaron. El horror distendía sus rostros pacíficos, mientras un vigilante, antes de acercarse a los hechos, tomaba — y era una precaución que varios años de servicio le aconsejaba — el número del automóvil que sólo anda los domingos.

VIZCONDE DE LAZCANO TEGUI.

DIBUJO DE FRIEDRICH.

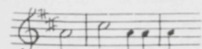




UANDO uno ha visto a un chiquilín reirse como un loco, con una fiebre de 42° — dijo Chandler — mientras ahí

afuera, en la noche del bosque, anda un yacyateré, se adquiere de golpe sobre las supersticiones, y a martillazos, ideas que van hasta el fondo de los nervios.

Se trata aquí de una simple superstición. La gente del sur dice que el yacyateré es un pajarraco desgarrado que canta de noche. Yo no lo he visto, pero lo he oído mil veces. El cantito es agradable, muy fino y melancólico; algo así como



Repetido y obsediante, como el que más. Pero en Misiones es otra cosa. La cosa es ésta:

Una tarde, en el mismo Misiones, salimos un amigo y yo a probar una vela en el Paraná. Tratábamos de ensayar su colocación, pues la latina no nos había dado gran resultado con un río de corriente feroz y en una chalana de diez centímetros de calado. La canoa era también obra nuestra, en la bizarra proporción de 1:8. Poca estabilidad, como se ve, pero capaz de filar como una torpedera.

Salimos a las cinco de la tarde, en verano. Desde la mañana no había viento. Se aprontaba una magnífica tormenta, y el calor pasaba de lo soportable. El río corría untuoso bajo el cielo blanco. No podíamos quitarnos un instante los anteojos amarillos, pues la doble reverberación de agua y cielo, unidos en una sola línea, enceguecía. Además, principio de jaqueca en mi compañero. Y ni el más leve soplo de aire.

Pero una tarde así en Misiones, con una atmósfera de ésas tras cinco días de viento norte, no indica nada bueno para el sujeto que está derivando por el Paraná en canoa de carrera. Nada más difícil, también, que remar en ese ambiente.

Seguimos a la deriva, atentos al horizonte del sur, hasta llegar al Teyucuaré. La tormenta venía.

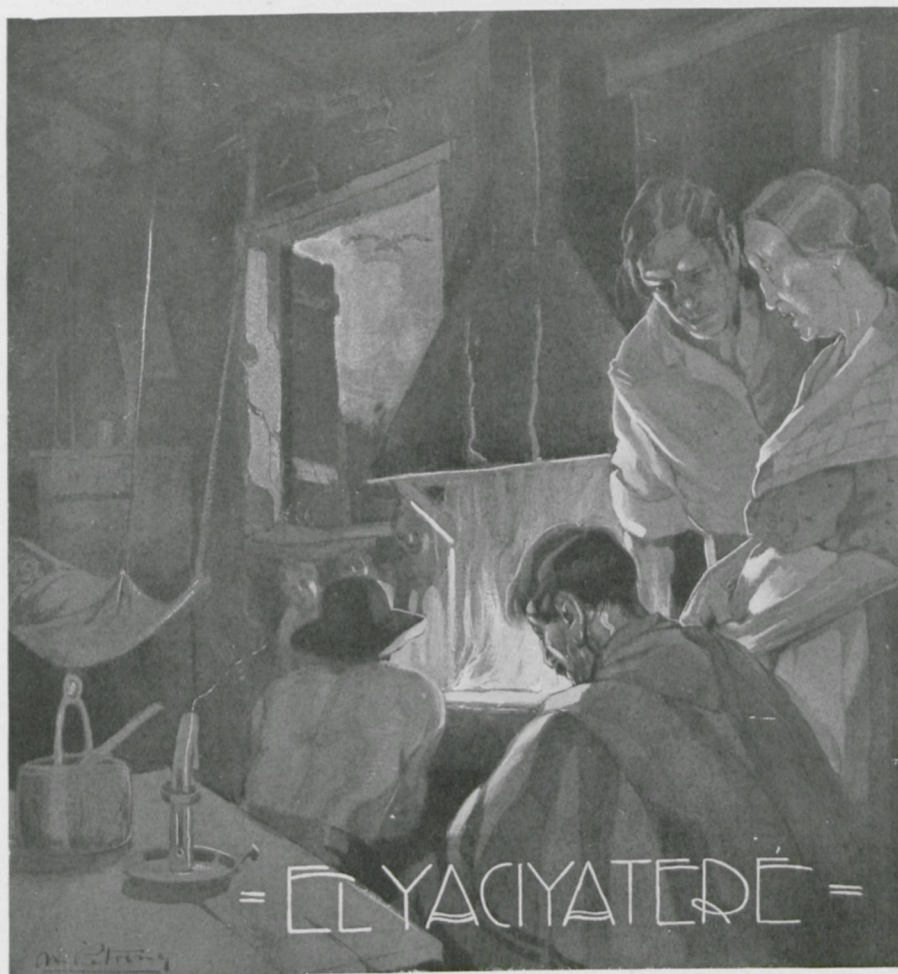
Estos cerros del Teyucuaré, tronchados a pico sobre el río en enormes cantiles de asperón rosado, entran profundamente en el Paraná, formando hacia San Ignacio una honda ensenada, a perfecto resguardo del viento sur. Grandes bloques de piedra desprendidos del acantilado bordean la costa, contra cuya restinga el Paraná entero tropieza, remolinea, y se escapa por fin aguas abajo, en rápidos agujereados de remolinos. Pero desde allí, lamiendo lentamente el Teyucuaré hasta el fondo de la ensenada, el río remansa como un pequeño sargazo. Sobre la restinga, pues, lanzamos la canoa, y nos sentamos a esperar el viento. Inútil, por lo demás: las piedras barnizadas en negro quemaban literalmente, aunque no había sol. Aguardamos en cucullas a orilla del agua.

El sur, sin embargo, había cambiado de aspecto. Sobre el monte lejano, un blanco rollo de viento ascendía, arrastrando tras él un toldo azul de lluvia. El río, súbitamente opaco, se había irisado.

Todo esto es rápido: Alzamos la vela, empujamos la canoa, y bruscamente, tras la restinga, el viento pasó rapando el agua. Fué una sola sacudida de cinco segundos; y ya había olas. Remamos hacia la punta de la restinga, pues tras el parapeto del acantilado no se movía aun una hoja. De pronto cruzamos la línea, — imaginaria si se quiere, pero perfectamente definida, — y el viento nos cogió.

Véase ahora: nuestra vela tenía cinco metros cuadrados, lo que es bien poco, y entramos con 35 grados en el viento. Pues bien; la vela voló, arrancada de arriba y de abajo, como un simple pañuelo, y sin que la canoa hubiera tenido tiempo de sentir la sacudida. Instantáneamente el viento nos arrastró. No mordía sino en nuestros cuerpos: poca vela, como se ve; pero era bastante para contrarrestar remos, timón, todo lo que hiciéramos. Y ni siquiera de popa; nos llevaba de costado, borda tumbada, como una cosa náufraga.

Viento y agua, ahora. Todo el río, sobre la cresta de las olas, estaba blanco por el chal de



agua que el viento llevaba de una ola a otra, rompía y anudaba en bruscas sacudidas convulsivas. Luego, la fulminante rapidez con que se forman las olas a contracorriente en un río que no da fondo allí a 60 brazas. En un solo minuto, el Paraná se había transformado en un mar huracanado, y nosotros, en dos náufragos. Ibamos siempre empujados de costado, tumbando, cargando 20 litros de agua a cada golpe de ola, ciegos de agua, con la cara dolorida por los latigazos de la lluvia, y temblando de frío.

En Misiones, con una tempestad de verano, se pasa muy fácilmente de 40° a 15°, y en un solo cuarto de hora. No se enferma nadie, porque el país es así; pero se muere uno de frío, por poco que no se halle a gusto.

Pleno mar, en fin. Nuestra única esperanza era la playa de Blosset, — playa de arcilla, felizmente, — contra la cual nos precipitábamos. No sé si la canoa hubiera resistido a flote un golpe de agua más; pero cuando una ola nos cogió a cinco metros de la playa, nos levantó y nos lanzó de costado contra el pajonal, a otros cinco metros adentro, nos consideramos bien felices. Aún así tuvimos que salvar la canoa, que remontaba hasta el pajonal y bajaba a la playa con el oleaje que era un encanto. Después, la arcilla empapada, hundidos como estacas entre la paja bastante más alta que nosotros, y que de paso nos cortaba la cara. Y tiritando de frío.

Salimos de allí; pero a las cinco cuerdas estábamos muertos de fatiga — bien calientes esta vez. ¿Continuar por la playa? Imposible. Y cortar el monte en una noche de tinta, aunque se tenga un Collins en la mano, es cosa de locos.

Eso hicimos, no obstante. Alguien ladró de pronto — o mejor aulló, porque los perros de monte sólo aullan — y tropezamos con un rancho. En el rancho había, adentro, no muy visible en la llama del fogón, un peón y su mujer, y tres chiquilines. Además una arpillerita tejida como hamaca, dentro de la cual una criatura se moría con un ataque cerebral.

Los padres estaban muy tranquilos, pero los muchachos no.

— ¿Qué tiene? — preguntamos.

— Es un daño — respondió el padre. — Estaban sentados, indiferentes. Los chicos eran todo ojos hacia afuera. En ese momento, lejos, cantó el yacyateré. Instantáneamente los muchachos se taparon cara y cabeza con los brazos.

— ¡Ah! El yacyateré — pensamos. — Este es el daño. Viene por el chiquilín. Por lo menos lo dejará loco.

El viento y el agua habían pasado, pero la atmósfera estaba muy fría. Un rato después, pero mucho más cerca, el yacyateré cantó de nuevo.

El chico enfermo se agitó en la hamaca. Los padres nos estaban mirando. Les hablamos de paños de agua fría en la cabeza; no nos entendían. No valía la pena, por lo demás. ¿Qué iba a hacer eso contra el otro?

Creo que mi compañero había notado como yo la agitación del chico al acercarse el pajarraco. Proseguimos tomando mate, desnudos de cintura arriba, mientras nuestras camisas se secaban al fuego. No hablábamos; pero en el rincón se veían muy bien los ojos de los muchachos.

Afuera, el monte goteaba aún. Fuera de eso, nada. De pronto, a media cuadra escasa, el yacyateré cantó. La criatura enferma respondió con una carcajada.

Bueno, El chico volaba de fiebre, porque tenía una buena meningitis, y respondía con una carcajada al llamado del yacyateré.

Nosotros tomábamos mate. Nuestras camisas se secaban. La criatura estaba ahora inmóvil. Sólo de vez en cuando roncaba, con una sacudida de la cabeza hacia atrás.

Afuera, en el bananal esta vez, el yacyateré cantó. La criatura respondió en seguida con otra carcajada. Los muchachos dieron un grito y soplaron la vela. Nada más. A nosotros, nos heló de arriba abajo un escalofrío. Alguien, que cantaba afuera, se iba acercando; esto es preciso. Un

pájaro; muy bien, y nosotros lo sabíamos. Y a ese pájaro que venía a robar o enloquecer a la criatura, la criatura respondía con una carcajada a 42°.

No había ahora más luz que la del fogón, y los ojos de los chicos se veían bien siempre. Salimos un instante afuera. La noche había aclarado, y podríamos encontrar la picada. Algo de humo había todavía en nuestras camisas; pero cualquier cosa antes que aquella risa de meningitis...

Llegamos a las tres de la mañana a casa. Días después pasó el padre por allí, y me dijo que el chico seguía bien, y que se levantaba ya. Sano, en suma.

Cuatro años después de esto, estando allá, debí contribuir a levantar el censo de 1914, correspondiéndome el sector Yabebirí-Teyucuaré. Fuí por agua, en la misma canoa, pero esta vez a simple remo. Era también de tarde.

Pasé por el rancho en cuestión, y no hallé a nadie. De vuelta, y ya al crepúsculo, tampoco vi a nadie. Pero veinte metros más adelante, parado en el ribazo del arroyo, y contra el bananal obscuro, estaba un muchacho desnudo, de siete u ocho años. Tenía las piernas sumamente flacas — los muslos más aún que las pantorrillas, — y el vientre hinchado. Llevaba una vara de pescar en la mano derecha, y en la izquierda sujetaba una banana a medio comer. Me miraba inmóvil, sin decidirse a comer ni a bajar del todo el brazo.

Le hablé, inútilmente. Insistí aún preguntándole por los habitantes del rancho, echó por fin a reír, mientras le caía un espeso hilo de baba hasta el vientre. Era el muchacho de la meningitis.

Salí de la ensenada; el chico me había seguido furtivamente hasta la playa, admirando con inmensos ojos mi chalana. Tiré los remos y me dejé llevar por el remanso, a la vista siempre del idiota crepuscular, que no se decidía a concluir su banana por el temor de dejar de admirar la canoa blanca.

HORACIO QUIROGA.

DIBUJO DE PETRONE.





ARTE FRANCÉS

MATERNITÉ
ÓLEO DE GASTÓN LA TOUCHE.

DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR FRANCISCO LLOVET.

El compromiso de María Elena



La noticia de la ruptura del compromiso de María Elena circuló con una velocidad increíble. En menos de una semana todo Buenos Aires sabía que su noviazgo con Alberto Barros había terminado.

¿La causa?

Se repetían tantas versiones y nadie lograba acercarse a la verdad. Alberto se había ido al campo y María Elena, como si tal cosa, pasaba sus noches en los cines de moda. Sus amigas no se atrevían a preguntarle, temerosas de renovar su dolor.

María Elena, en tanto, se interesaba como nunca por las románticas historias de los enamorados que en los *films* se ven pasear a orillas del mar, dentro de los límites de un jardín maravilloso. Seguía con atención las movidas escenas, y de cuando en cuando, sus ojos se cerraban para evocar mejor algunos momentos cuyo recuerdo no podía borrar de su memoria. De este modo, cuando la presencia de dos novios amenizaba la escena, ella se veía al lado de Alberto la tarde aquella que en el Tigre «cometió el disparate de decirle que sí». Recordaba como si ayer mismo hubiera sucedido. Estaba él en su indumentaria de remero, con un saco de colores caído sobre sus hombros; a sus brazos, potentes como garras, sólo cubrían más arriba del codo los pliegues de una camisa

de seda. Estaba hecho un buen mozo. Tal vez por eso, cuando las últimas horas del sol les sorprendió en la borda de la terraza, ella sintiéndose dominada por el ambiente, le había dicho que sí. En un día de gloria como aquel, feliz de saberse amada por quien tenía abiertos todos los caminos que conducen a la conquista de la vida, no pudo, como hubiera deseado, indicar un compás de espera. Sobre todas las consideraciones, una la llevó a dar su palabra sin estar segura de su cariño. Su amiga Rosario Villadiego amaba en silencio a Alberto; ella podía ser, tarde o temprano, una rival, y movida por un inconcebible egoísmo, precipitó los acontecimientos.

Durante tres meses hizo a las mil maravillas su rol de novia enamorada. Al decir de su mamá, se querían «ridículamente», y agregaba siempre a manera de consejo:

— No seas pava, hijita; no le demuestres tanto cariño. Te habrás apercibido de la cara que yo le pongo. Dirá que soy una «suegra»; pero no me importa, peor es que se crea que nos estamos muriendo por él.

En el gran baile que las damas de caridad organizaron para inaugurar un nuevo asilo, María Elena y Alberto hicieron acto de presencia, más que por placer, por el deseo de quedar bien con la comisión organizadora. Para

los novios, lo mismo resultaba aquel ambiente que el de un cinematógrafo; en cualquiera de ellos se aislaban del mundo y en voz apenas perceptible se contaban todas las frivolidades más extraordinarias con encantadora ingenuidad.

En aquel baile, la viuda de Guerrero, joven, con una corte de admiradores, era la triunfadora de la noche. Los solteros que concurrían a cualquier sitio la agasajaban continuamente, y como para todos tenía una sonrisa y una frase amable, todos sentían por ella una gran simpatía.

Cuando acertó a pasar frente a los novios, Alberto dijo a María Elena:

— Está monísima...

María Elena no dijo nada, y comprendiendo él que la había desagradado, intentó reanudar su interrumpida conversación. Pero fué en vano; por primera vez, María Elena dejaba de representar su papel. A su mente se agolparon en tropel mil ideas locas y levantándose fué en busca de su madre. Momentos más tarde, abandonaban la fiesta, acompañadas de Alberto, que las seguía sin acertar a pronunciar una palabra.

A la mañana siguiente, una carta le hizo saber que «todo había terminado».

Y agregaba en uno de sus párrafos:

«Tal vez otra niña se hubiera casado con usted, aun sin quererlo, atraída por el prestigio de su nombre y de sus cualidades que todos le reconocen, pero que yo no he podido encontrar. Le juro que he hecho esfuerzos por sugestionarme sin lograrlo.»

En un paquete devolvía muchas cartas, dos anillos, una medalla y otras cosas.

Ese mismo día en todas partes se comentaba la ruptura del compromiso.

— ¿Pero han visto que canallita el tal Alberto Barros?

— ¡Qué novedad! Si siempre fué un sinvergüenza... Yo no sé cómo María Elena se pudo enamorar.

— Yo tenía algunos antecedentes del mocito ese; una vez en París...

Y se repetía una historia cualquiera, donde se le hacía protagonista de un escándalo en los cabarets del boulevard.

— ¿No se sabe por qué fué la galleta?

— Parece que María Elena supo que Alberto tenía «familia»...

— ¡Qué enfermedad!

— ¿Y qué esperan los hermanos para «acomodarle» las costillas?

— No se quiere dar una nota escandalosa. Ya se sabe como es la gente. La única perjudicada sería la pobre María Elena.

Durante varias semanas los comentarios no variaron de tono. Sólo cuando otra nota social ocupó la atención, ésta pasó a segundo término, hasta que se fué olvidando poco a poco.

Seis meses más tarde, María Elena y Alberto volvieron a encontrarse en el Colón.

Durante el entreacto, Alberto fué a saludar a Rosario Villadiego. Cuando María Elena lo vió acercarse solícito y ofrecerle una bombonera, sintió como si una fuerza extraña hubiera detenido de golpe la marcha de su corazón, de ese corazón que había latido siempre con la mortificante regularidad con que se mueve el péndulo de un reloj de pared.

JOSUÉ A. QUESADA.

DIBUJO DE SIRIO.



«Siempre que la vida escribe, lo hace en negro sobre blanco.
La vida es un álbum. Quizás por eso serán los álbums una manía universal.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Negro sobre blanco... en una frase sola supo encerrar esta genial escritora, la síntesis de nuestra existencia... y si nuestra vida es un álbum, como ella lo asegura, cuantos espíritus ambicionarían poder hojear páginas, en que negro sobre blanco, grabaran destellos de su genio, de su arte, de su alma, insignes pensadores, poetas, a los que debemos la divina merced del ensueño, músicos, que iniciaron una frase que al evocar toda la belleza del poema, vibrará siempre larga, intensamente...

En negro sobre blanco se destacan esos menudos garabatos de la condesa doña Emilia, en una de las páginas del álbum de la inteligente portañá que ha sabido atesorar una de las más interesantes colecciones de autógrafos que me haya sido dado conocer; la curiosidad de una Duende es ilimitada, y la sirve de excusa, estoy segura, el afán con que anhela hacer participar a sus amigas de todo lo bueno, todo lo bello que descubre, gracias a esa ilimitada curiosidad...

Con impacencias de niña, abrí el estuche que me fuera enviado desde la redacción, y ni siquiera me detuve a descifrar las instrucciones de mi director y amigo... Sobre las tapas de rojo tafete, venía grabado un nombre: Felisa de Onrubia... entonces sí me detuve, y entornando los ojos breves instantes, evocé la gallarda, arrogante silueta de mi hermosa compatriota; no la veía aquí, en nuestro ambiente... La recordaba en la luminosa playa de San Sebastián, con aquel su andar rítmico, armonioso, que hacía volver a tantos, a su paso... Madrid, Barcelona, París, Lucerna, Génova, Turín, Nápoles, Viña del Mar... supo cosechar en su camino, negro sobre blanco, un tesoro de recuerdos; cada fecha, cada firma, evocarán para ella imágenes, escenas, afianzas... y, como dice en una de esas hojas, escritas para ella, «a la par de Sarah y de Esther, dejó también la impresión de su belleza, de su distinción y de su talento...»

«A tout seigneur, tout honneur». Dos nombres solos, en su primera página: Isabel de Borbón y Philippe. ¿Quién puede sostener aún que la tradición se pierde? Altezas Reales convocan hoy, como en los gloriosos siglos del Renacimiento, a los más grandes filósofos, a los poetas, políticos y líricos de nuestros días... sus nombres son el pórtico, y una vez franqueado, a raudales me llegan hasta el alma, las máximas, las estrofas, las pasiones, los ensueños, las grandes amarguras, las pequeñas vanidades... Algunos, los que están seguros de haber llenado el mundo con su nombre, firman en sitio preferente, con altivos rasgos: no he de denunciarlos... he de transcribir en cambio para ustedes, amigas y lectoras mías, toda la belleza y armonía que encierran esas mismas páginas, y también no pocas enseñanzas. Vamos hojeando juntas...

«Muchas veces creemos haber visto en realidad, lo que sólo hemos soñado; y otras, nos parece haber soñado lo que hemos visto en la vida real...

BARTOLOMÉ MITRE.

«La mujer ha de ser instruída y educada como el hombre. Es la primera en regir el entendimiento y el corazón de sus hijos. Si sabe, les infundirá menos errores; si recibió buena educación, les infundirá para con toda nuestra especie, dulces y generosos sentimientos.
América tiene aún salvajes, del uno al otro polo. Cuatro siglos de dominación europea, y un siglo de libertad, no han bastado para reducirlos a la vida culta. ¿Qué los civilizará? No la religión, no el mando, no alardes de superioridad; sólo el amor.

PI Y MARGALL.

Siete años más tarde, ponía su comentario al pie de esa página, don Alejandro Pidal:

«El pobre Pi y Margall se fué al otro mundo sin sospechar que Amor y Religión son sinónimos. El amor al prójimo, es el segundo precepto de la ley de Dios. Y Dios es... Amor. «Deus caritas es.»

Luego:

«L'avenir est notre dernière illusion! Heureusement nous ne vivrons pas assez pour être déabusés.»

A la profunda amargura de Max Nordau, sólo podría contestar el divino idealismo de Amado Nervo... Con rojos caracteres, como si en vez de negro sobre blanco, quisiera haber dejado huella de su sangre, canta en esas páginas otro insigne americano:

«Yo persigo una forma que no encuentra mi estípite, Botón de pensamiento que busca ser la rosa; Se anuncia con un beso que en mis labios se posa Al abrazo imposible de mi Venus de Milo.

Adornan verdes palmas el blanco peristilo, Los astros me han predicho la visión de la Diosa,



Y en mi alma reposa la luz, como reposa El ave de la luna, sobre un lago tranquilo.

Y no hallo sino la palabra que huye, La iniciación melódica que de la planta fluye Y la barca del sueño que en el espacio boga:

Y bajo la ventana de la Bella Durmiente, El sollozo continuo del chorro de la fuente Y el cuello del gran cisne blanco que me interroga.

RUBÉN DARÍO.

París, 1901.

Luego, toda la gracia sincera, espontánea, del más lírico de los poetas:

«A UNA MUJER

SONETO

Mirarte sólo en mi ansiedad espero, sólo a mirarte, en mi ansiedad aspiro, y más me muero, cuanto más te miro, y más te miro, cuanto más me muero.

El tiempo pasa por demás ligero, lloro su rauda, turbulento giro, y más te quiero, cuanto más suspiro, y más suspiro, cuanto más te quiero.

Deja a tu cuello encadenar mi brazo, y al blando son con que nos brinda el remo, la mar surquemos en estrecho lazo.

Ni temo el viento, ni a las ondas temo, que más me quemó cuanto más te abrazo, y más te abrazo cuanto más me quemó.

SALVADOR RUEDA.

(Lleve mi cariño, no de ahora, sino de siempre, a mi querida América.)

Madrid, 17 noviembre 1900.

Y América responde:

«ELOGIO DE DON QUIJOTE

Gloria en la tierra al paladín andante Que a la grupa del ágil Clavileño, Fué de la tierra al cielo de su sueño, Con brida de oro y lanza de diamante.

Mejor que sobre el flaco Rocinante, Venció a la eternidad su heroico empeño, Velivolovolando en el corcel de ensueño, Sobre la noche del jardín galante...

Y así lo admiro, porque así me asombra! Acoceando nubes en la sombra, Dejó en los astros, chispas de sus huellas, Y volvió del azul con nueva fama, Que para humana mengua lo proclama Caballero del Sol y las Estrellas.

RICARDO ROJAS.

«La verité est en marche, et rien ne l'arrêtera.

EMILE ZOLA.

«Senza un ideale, l'uomo è morto o moribondo.

ENRICO FERMI.

Entre los pensamientos que llevan la firma de personalidades como Lombroso, Rodin, Paul Deschanel, Haussonville, A. de Mun, Paul Hervieu, A. M. de Vogüé, Alcibiades Peçanha, Anatole France, Catulle Mendés, Guido y Spano, Zorrilla de San Martín, Segismundo Moret, Canalejas, Maurra, B. de Irigoyen, C. Pellegrini, E. B. Moreno, El Duque de Rivas, Dardo Rocha, Víctor Marguerite, Samuel Blixen, Menéndez Pelayo, Grandmontagne, Reyles, Prevost, Capus, Teófilo Díaz, y bajo la firma de Maurice Donnay, leo, escrito con firmes y arrogantes rasgos:

«¡Gracias!

ENRIQUE RODRÍGUEZ LARRETA.

París, 28 febrero de 1911.

¿Acaso agradecería la gentil solicitud, el ilustre autor de «La Gloria de don Ramiro»? Luego, dos delicados homenajes:

«L'astronome, présente ses hommages a une charmante soeur des étoiles de la Croix du Sud.

FLAMMARION.

«Saludo, como artista, a la belleza helénica, que abandonando las ruinas de Atenas, renace en la tierra americana, brillando con el triple encanto de la hermosura, la gracia y el talento.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Espíritus tan distintos, cincelaron con arte incomparable el madrigal que habría de llegar al alma de la que supo inspirarlo... Negro sobre blanco hallé también ingenuos renglones que creyeron responder a la sonrisa que pedía un destello del espíritu, con un himno a su belleza, a su elegancia:

«Siento orgullo al mirar como la gente Cuando vais de paseo, Se para a contemplaros, Se vuelve para veros...»

Eso por sabido se calla, señor Poeta; esperaba ella sin duda que la hablara usted al alma, porque me han asegurado que no hizo nunca caso de pequeñas vanidades...

«La mujer que sabe amar con todas las fibras de su alma, y es sensible a las manifestaciones de lo bello, de lo bueno y de lo grande, es, entre todos los seres de la especie humana, la que más intensamente siente la vida.

JULIO A. ROCA.

Otra página interesante:

«Le temps passe. Tout meurt. Le marbre même s'use, Agrigente n'est plus qu'une ombre, et Syracuse Dort sous le bleu linceul de son ciel indulgent

Et seul, le dur métal que l'amour fit docile, Garde encore en sa fleur, aux médailles d'argent, L'immortelle beauté des Vierges de Sicile.

J. M. DE HEREDIA.

«Hereux de mettre mon nom, près de celui de mon cher ami, du grand poète latin» J. M. de Heredia.

G. HANOTAUX.

Después, al lado de las «pattes de mouche» de P. Bourget, y de Victorien Sardou, nítida, como si fuera escrita recientemente, esta

«DOLORA

LAS LOCAS POR AMOR

—Te amaré, diosa Venus, si prefieres que te amen mucho tiempo y con cordura.
—No,—respondió la diosa de Citeres,— prefiero, como todas las mujeres, que me amen poco tiempo, y con locura.

CAMPOAMOR.

«El amor es como los niños recién nacidos, hasta que no lloran, no se sabe si viven...

JACINTO BENAVENTE.

Como firmas femeninas, las de Madame Alphonse Daudet, Matilde Serao, Lucie Félix Faure Goyau; entre los grandes músicos: Massenet, Mascagni, Paderewsky, Thomé, Breton, Leoncavallo, Mario Costa, Bemberg, Puccini... Poesías de Núñez de Arce, Roberto Bracco, José Echegaray, Sully Prudhomme, Guimerá, Santiago Rusiñol que firma un fragmento de su admirable «Místico», Juan Valera, Federico Balart el poeta del dolor, Joaquín Dicenta, Henri de Régnier, François Coppée, Belisario Roldán, E. Sellés, Cavestany...

Actores, cuyo nombre nos hacen evocar las más intensas emociones de arte: Adelina Patti, Sarah Bernhardt, Ermete Zaccone, Réjane, Novelli, Caruso, Chialapine, Titta Ruffo, Enrique Borrás, los hermanos Coquelin, María Tubau, Helena Theodorini... nombres, que como otros, anotados ya, firmaron este libro, cuando la dicha, el éxito, o la serenidad, reinaban en su espíritu, y que fueron heridos más tarde por la desventura, o arrastrados también por la fatalidad de su destino...

No hemos leído aún los pensamientos de Guglielmo Ferrero, de Amado Nervo, Pérez Galdós, Eduardo Wilde, Ortega y Munilla, Querol, Sarasate, Claretie, Marcial Martínez, Alberto del Solar; pero hemos llegado ya a la última página, y debemos leerla, porque encierra el consejo que han de seguir también ustedes, lectoras y amigas mías...

«ÚLTIMA ESTROFA

Tu libro acaba y su postrera página cae sobre tanta y tanta poesía; pero abre el paso a la canción más bella, la que tu propio corazón te dicta.

E. MARQUINA.

Buenos Aires, 17-VIII-1915.

LA DAMA DUENDE.

LOS
OJOS

DE MI
MADRE

Ojos, oh dulces ojos pensativos, melancólicos, grandes;
Melancólicos, sí, pero cargados de ternuras y dichas inefables.
Ojos que en las tinieblas de mi vida piadosos me alumbrasteis,
Y hoy en mis infortunios y en mis penas me acompañáis amantes.
Fijos dentro del alma os llevo a todas partes;
A veces me miráis enternecidos, y a veces tristes, cariñosos, graves;

Lloráis, y vuestro llanto al hondo abismo de mis penas cae, Como dorada lluvia de rocío sobre los mustios árboles.
No vayáis a cerraros todavía, ojos, benditos ojos de mi madre, Húmedos ojos de color de cielo profundos, adorables;
No vayáis a extinguirlos, eternamente con amor miradme, con la misma ternura, siempre azules y siempre melancólicos y grandes.

V - C A S A S - C A S T A N E D A.

Notas del BRASIL

Paolo Barreto, el exquisito cronista, fecundo y talentoso autor de numerosos libros, pensador y sobre todo ironista, concediéndome, sin quererlo, una «interview». En su vieja casita — Joao do Rio no comprende como la gente puede mudarse — llena de secretos encantos, reveladores de un espíritu superior, entre libros, cuadros y retratos «saudosos» — Joao do Rio es también hombre de fortunas legendarias — conversé con él, una tarde lluviosa y fresca en pleno mes de enero, entre el humo de los mejores habanos que se fuman en Río y el perfume del café más delicioso.

El espíritu escéptico de Paolo Barreto cuando trata asuntos locales, tórname en un vibrante y generoso entusiasmo al abordar tópicos generales, y sobre todo cuando habla de las cosas de América. Fué al tocar el tema del intercambio intelectual sudamericano cuando se me ocurrió pedirle una entrevista.

— Mi caro colega, — díjome Paolo Barreto, — sólo se concede una entrevista cuando no se tiene nada que decir, o cuando es preciso hacer pasar por cuenta del periodista la inconveniencia necesaria. Las actrices constituyen la parte encantadora de la primer hipótesis. Los políticos ocupan el resto de la primera y toda la segunda. De modo que, en realidad, un escritor sólo queda bien en una «interview» cuando es él quien interroga. La «interview» es la novela policial de las intenciones contemporáneas. Conversemos más bien.

— Como guste.

— Ante el periodista porteño que parece conocer ya Río como conoce Buenos Aires, el asunto que más nos debe preocupar, es el mutuo conocimiento mental de los dos países y la campaña a realizar en el continente, es la del mejor conocimiento de las ideas de cada país. Con Lauro Müller, con Manuel Láinez, la política externa de las repúblicas del Nuevo Continente puede ser formulada en una ecuación: máximo de fuerza, máximo de conocimiento mutuo, igual a mayor poder para cada uno. Ese es, como yo lo entiendo, el llamado espíritu americano.

— ¿Espíritu americano?

— Esto es, debemos ante todo amar nuestro país y después nuestro continente. Amar es conocer. La ecuación está aún por hacerse. Los americanos no se conocen aún, y mientras no se conozcan son siempre posibles las explotaciones periodísticas y los ímpetus de los «arrivistas», llenando de excesivo orgullo a las multitudes. Hasta ahora, en vez de procurarnos relaciones íntimas, nosotros, las clases pensantes de estas naciones, erigimos muros de indiferencia entre nosotros, satisfechos con nuestra supuesta superioridad y abriéndonos enteramente a las naciones de allende el Atlántico. ¿Es posible imaginarse cuánto tiene perdido material, internacional y moralmente la Argentina, el Brasil o Chile con esta actitud que no responde a razón alguna? Los argentinos pasaban de largo por Río en camino hacia Europa. Los brasileños no iban a Buenos Aires, y los otros países, salvando al Uruguay, ni mencionarse siquiera. Cualquiera de nosotros conoce mejor Finlandia que el Perú... Yo considero esta ficción americana como un crimen infantil. Yo no comprendo la necesidad histórica de hacer del continente americano el centro de una nueva era de civilización y deshacer

no sólo la fuerza material, sino también el peso internacional. Pero nosotros, del Canadá a la Patagonia, tenemos ideas vagas a ese respecto y admitimos hasta, antes de realizar las patrias, vinculando los hom-

bres a la tierra, pretensiones de hegemonía, en vez de aprender primero lo que los otros pueden valer. Porque, a fin de cuentas, para pretender dominar a alguien, sin utilidad alguna, es necesario saber quién es ese alguien... Ahora, ¿cómo deshacer este gran error? Tornando en realidad el espíritu americano. En épocas pasadas las relaciones entre los pueblos se realizaban por medio de guerras o por el comercio. La guerra hoy es posible sólo después del amplio conocimiento mutuo. El comercio, ese, en nuestros países, parece no comprender el poder formidable del aumento de los capitales y el progreso colosal que surgiría del intercambio de las riquezas naturales. Somos nosotros, pues, las clases mentales, quienes debemos iniciar el intercam-



PAOLO BARRETO, «JOAO DO RIO», BRILLANTE PERIODISTA Y ESCRITOR BRASILEÑO, MIEMBRO DE LA ACADEMIA DE SU PAÍS.

TODO LO QUE EL ARTE
Y LA LITERATURA RE-
PRESENTAN Y PUEDEN.

bio, haciéndonos conocer los unos de los otros... Nada se hace en la literatura sin arte. El arte no es tan sólo la expresión de los pueblos, sino también un gran agente conquistador. Un genio ajeno a la vida práctica de su país, puede hacer todo por él. Wágner fué tan útil a Alemania como Bismarck. Y el desenvolvimiento económico de Suecia, de Noruega, de Dinamarca, la atención que el universo prestó a estos tres países, se debe exclusivamente a un hombre que nunca pensó en ello: a Enrique Ibsen... Existen en todas las repúblicas americanas expresiones literarias. Cada país tiene su arte, sus pensadores, sus artistas y timoneles de su opinión que son los periodistas. Y estos artistas, pensadores y timoneles, en vez de saber lo que piensan y dicen los vecinos, vuelven sus ojos hacia Europa, desconociéndose mutuamente. Desconociéndose ellos, desconócense los países, porque los hombres que cultivan la belleza son los reflejos, las expresiones exactas de esos pueblos, que muchas veces pueden hasta no leerlos... Pero estoy diciendo cosas viejas y usted no me interrumpe porque lo veo lleno de bondad para oírme y porque nada hay más agradable que insistir en la eficacia práctica del arte, como gran colaborador de la política. Por lo demás, en la literatura hispano-americana tienen ustedes dos grandes ejemplos de lo que yo digo, desgraciadamente, no como unión americana, mas como unión transatlántica: Gómez Carrillo, el encantador, y el gran Rubén Darío. Rubén Darío haciendo versos y crónicas hizo apenas esto: obligó a España a reconocer la literatura española de América.

— Mas, ¿el arte es todo?

— Prácticamente, como acción inmediata. No saber leer los libros de una tierra, da siempre pésimos resultados, que se anhele esa tierra como leal amiga o que se tenga la voluntad de dominarla. El único error de Alemania, a pesar de leer todo, fué no haber prestado atención a la literatura belga y no haber sabido leer los libros franceses de quince años a esta parte. A quien haya leído los escritores belgas contemporáneos no sorprende ni el Rey Alberto, ni el poder de noble sacrificio de Bélgica. Tan sólo un error grosero, sólo una ceguera de vanidad burguesa podría menoscabar unas piezas de teatro aplaudidas en París y los libros de tapas amarillas que aparecen en las vidrieras de los bulevares... El psicólogo en vez de decir: ¡vamos a comer en París! habría pensado que antes encontraría Verdún.

— ¿De modo que antes que nada, el intercambio mental?

— En cualquier forma, para el bien o para el mal, necesitamos conocernos en América. Es preciso traducir a los escritores, hacer el intercambio intelectual, publicar crónicas americanas en diversos países y ciudades, fomentar viajes de estos escritores, establecer corrientes de intimidad mental, discutir, compararlos. Tengo la certeza de que en vez de ser para mal, este íntimo conocimiento a través de las ideas y del arte, formaría la corriente vital capaz de dar al continente la unidad fisionómica del espíritu americano. Todo esto, bien puede ser un ensueño. Mas, aun así, sólo los sueños generosos hicieron andar a la Humanidad. La Humanidad es un pobre mortal como yo, porque, al final, aun no queriendo sino conversar, dile una entrevista. No sonría. Para su conquista tiene un consuelo: no lo desmentiré, como hacen los políticos cuando por acaso les sucede tener una idea.



CORRESPONSAL.



ARTE
FOTOGRAFICO

Interior de un patio.



Mis deliciosos e' infaltables
compañeros son los Cigarrillos
Reina Victoria
Octubre, de 1917

José Lafuente

EL «CANNOCCCHIALE»

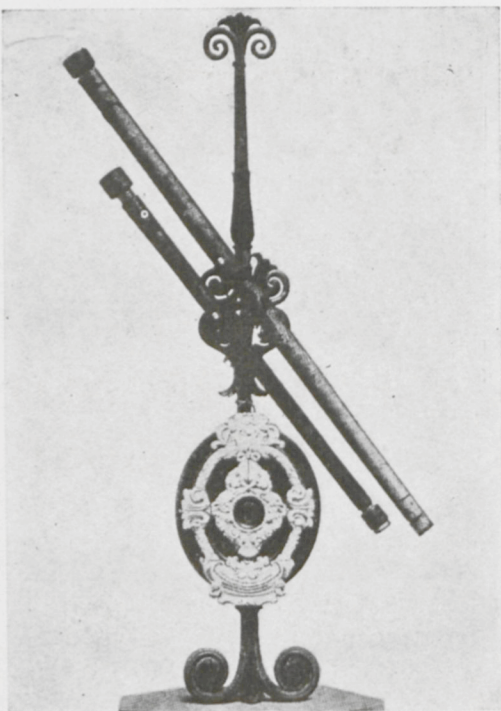
Allá por el año 1608 circuló entre los intelectuales la noticia de que un fabricante de lentes, holandés, había descubierto casualmente el catalejo. La nueva dió fruto en Venecia, donde uno de los genios máximos de la humanidad, Galileo Galilei, trabajaba en diversos ramos del saber, creando e inventando.

Galileo quiso ver también, y al efecto hizo uno de los anteojos que pudiéramos llamar «incunables», conservado aún como reliquia en el museo de Florencia.

«Occhiale in canna», es decir lentes en caña o en canuto, y «cannocchiale» por eufonía, llamó el vulgo al nuevo instrumento.

Un tubo presentaba otra vez más útiles servicios al hombre, servicios humanitarios. El otro tubo, ya en pleno y lastimoso uso, era el cañón, que disminuía la distancia entre el asesino y la víctima. El «cannocchiale» acorta asimismo el camino entre la tierra y los astros y aunque también sirve para poner en más estrechas relaciones al artillero y al blanco, puede considerarse exento de pecado por los muchos servicios que presta a la ciencia.

Galileo construyó el suyo valiéndose de dos lentes, una plano-convexa, otra plano-cóncava. El tubo o «canna» es de plomo, y el aparato,



DE GALILEO

que más bien parece un centro de mesa o un candelero, consigue un aumento de treinta diámetros.

Con el auxilio de este «cannocchiale», el primero que apuntó hacia los espacios, el genial astrónomo realizó notables hazañas.

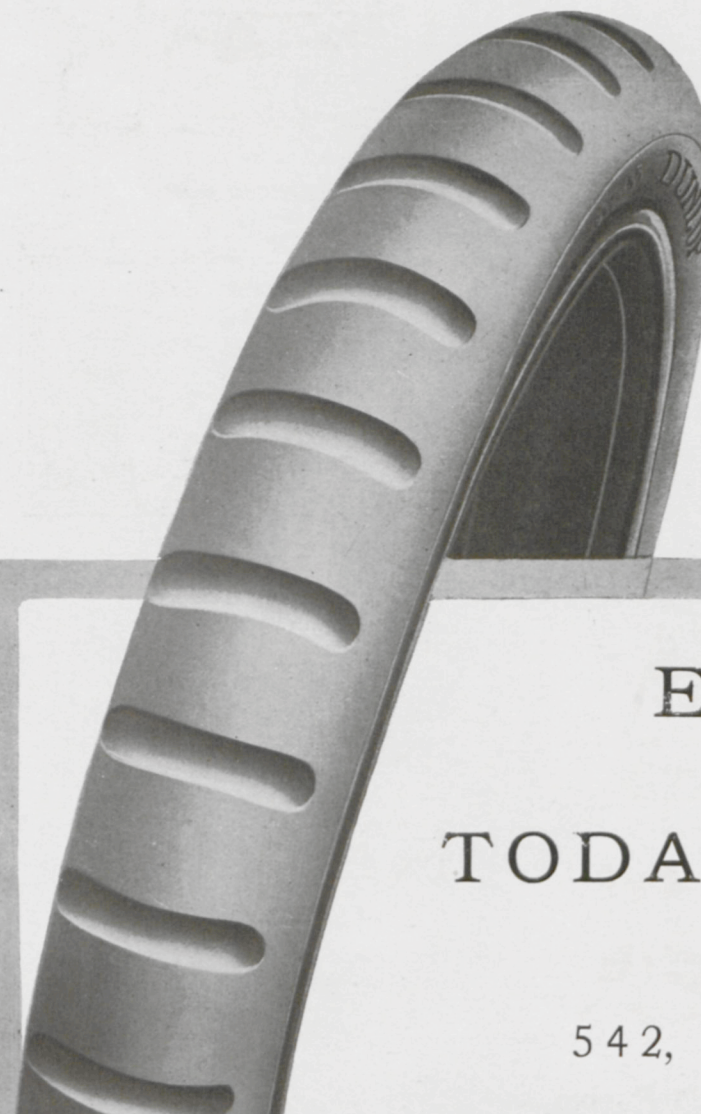
En marzo de 1610, Galileo publicaba su «Nuncius sidereus», donde consignó inauditas cosas.

El ilustre sabio descubrió las montañas de la Luna, los satélites de Júpiter y supo servirse del pequeño anteojo que en sus manos tenía más potencia que los mayores telescopios.

Fué este «cannocchiale» un arma decisiva que Galileo manejaba con acierto admirable contra la ignorancia y el fanatismo.

Además de los descubrimientos antes mencionados, observó por primera vez el anillo de Saturno, las manchas solares, la Vía Láctea, etcétera.

Galileo había nacido en 1564, en la ciudad de Pisa. Su familia era de origen florentino y una de las más nobles de Italia. Dedicado a las ciencias por irresistible vocación, puso en sus estudios todo un temperamento enérgico y razonable. Puede disputar a lord Bacon el título de fundador del método experimental.



PNEUMÁTICOS DUNLOP

EXISTENCIA

DE

TODAS LAS MEDIDAS

542, PASEO COLON, 544.



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires

SUPLEMENTO DE
«CARAS Y CARETAS»



PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REPÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 »).....	» 6.— »
Año (12 »).....	» 11.— »
Número suelto.....	» 1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50
Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.	

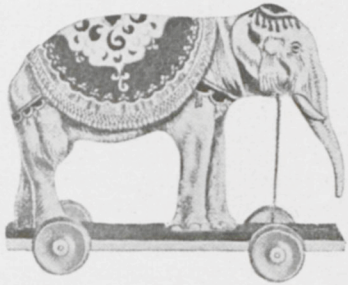
Metropol Bazar

F. STAROPOLSKI

U. T., 2432, Libertad.

Casa Argentina

340, Carlos Pellegrini - Buenos Aires



\$ 1.50 m/n

QUADDY



\$ 3.— m/n

**CASA ESPECIAL
PARA REGALOS
DE BUEN GUSTO**

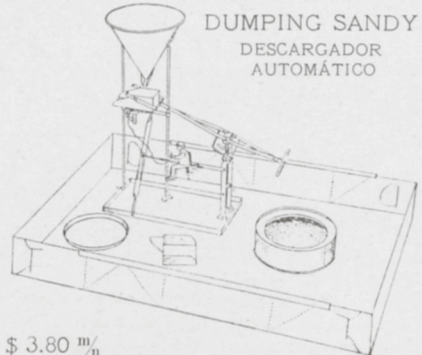
GRAN SURTIDO
EN MUÑECAS
Y JUGUETES
MODERNOS
A PRECIOS MODICOS

**JOVEN
INGENIOSO**

(MARCA REGISTRADA)

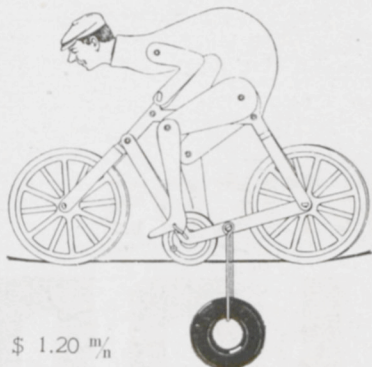
EL MEJOR JUGUETE
DE PACIENCIA E
INSTRUCTIVO.

CONCESIONARIO: F. STAROPOLSKI



DUMPING SANDY
DESCARGADOR
AUTOMÁTICO

\$ 3.80 m/n



\$ 1.20 m/n



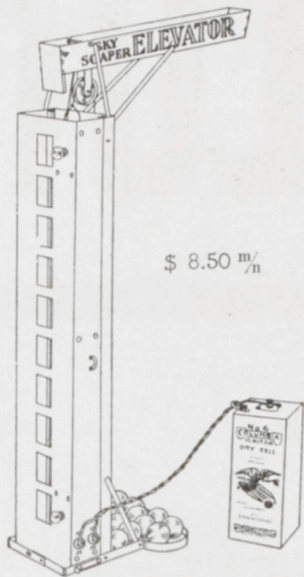
\$ 3.— m/n



\$ 2.40 m/n



\$ 4.50 m/n



\$ 8.50 m/n



\$ 1.20 m/n

HA LLEGADO
UNA NUEVA PARTIDA
DE LA LEGITIMA
"KEWPIE"

(MARCA REGISTRADA)

Unico concesionario: F. STAROPOLSKI

**EL TEATRO
DE LOS NIÑOS**

EL MÁS PERFECTO Y REAL
LA ÚLTIMA PALABRA EN LAS DI-
VERSIONES PARA LA JUVENTUD



VIRUTA
Y
CHICHARRÓN

\$ 1.— m/n



UN IDEAL DE LOS CHICOS
TAMAÑO I, \$ 10.— m/n
MUY GRANDE, \$ 25.— m/n
CON UNA OBRA GRATIS.

HAY DIEZ OBRAS DISTINTAS
QUE SIRVEN PARA LOS DOS
TAMAÑOS, DE MODO QUE SE
PUEDE COMPLETAR CONTI-
NUAMENTE EL REPERTORIO.

PRECIO: A \$ 3.— m/n c/u



Mi Pueblo
PATENTADO

JUGUETE INSTRUCTIVO
DE ALTA NOVEDAD
EL MEJOR JUGUETE DEL AÑO

\$ 12.— m/n.

EXCLUSIVIDAD: F. STAROPOLSKI

N. B. — Sin la palabra
«KEWPIE» son falsifica-
ciones.





EXPOSICION DE AVICULTURA "EXCELSIOR"

CALLE BELGRANO, 499 esquina BOLIVAR - Buenos Aires

EL CRIADERO
MAS IMPORTANTE
DE SUD AMERICA



10 minutos

La "NEVRALGINE MERICI" hace desaparecer el dolor de cabeza más fuerte, la jaqueca más pertinaz, el ataque neurálgico más agudo, en



10 minutos



La "NEVRALGINE MERICI" no contiene antipirina.
La "NEVRALGINE MERICI" no ataca el corazón ni estraga el estómago.
SEÑORAS! La "NEVRALGINE MERICI" calma las dolencias propias de vuestro sexo.
La "NEVRALGINE MERICI" **DOMINA** los más crueles sufrimientos en

10 minutos

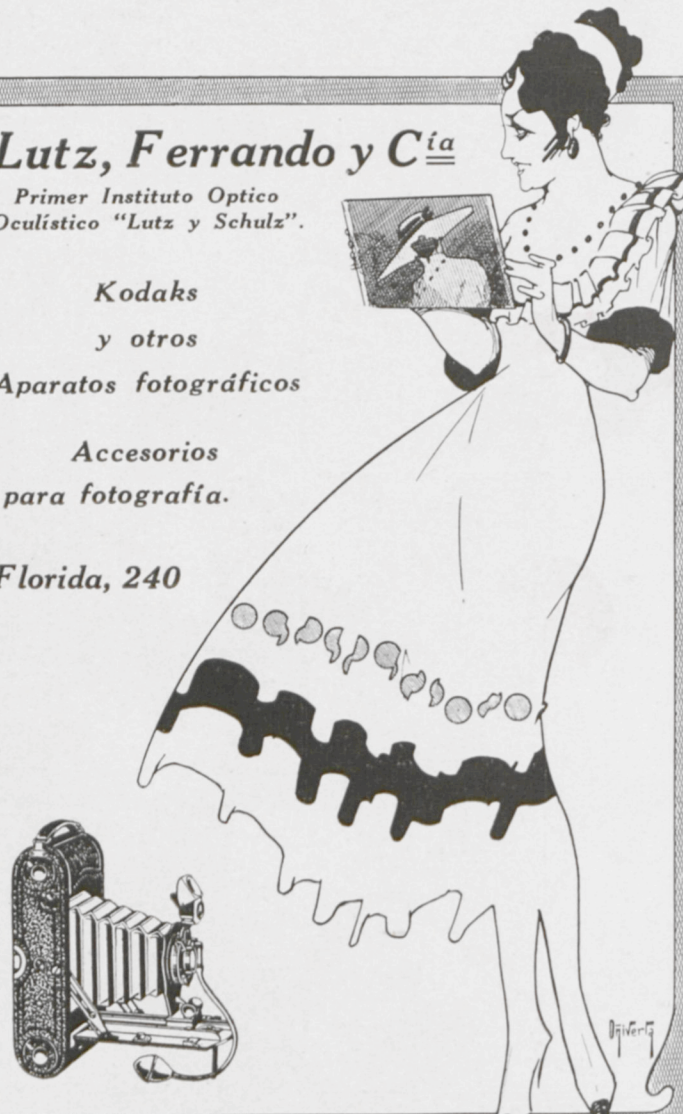
Pídase en las buenas Droguerías y Farmacias.

Lutz, Ferrando y Cía
Primer Instituto Optico Oculístico "Lutz y Schulz".

Kodaks
y otros
Aparatos fotográficos

Accesorios
para fotografía.

Florida, 240




Muebles
norteamericanos
para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc. etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)

NUESTRO REGALO DE AÑO NUEVO



Este precioso chalet, construido escrupulosamente con MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA «CHACON». (ESPECIAL PARA LA CAMPAÑA). Los favorecidos en este precio, será aquel que contrate esta casa antes de finalizar el mes de Enero de 1918.

\$ 5.000 m/n.

COMODIDADES. 3 Buenos dormitorios, comedor, cocina, baño, servicio, hall, pasaje y galería. Listo para ser habitado; con pintura, pisos, cielo-raso, buen techo, puertas y ventanas de cedro, etc., etc.

PIDAN CATALOGOS Y PRESUPUESTOS GRATIS.

R. CHACON Hnos., Alsina, 1537, Bs. As. - U. T., 5448, Libertad.



JUGO de UVA



Armour

Delicioso,
refrescante, sin alcohol y de
PUREZA ABSOLUTA. Puede be-
berse en todos los momentos y en cualquier
cantidad, con gran provecho para la salud de niños
y adultos. He aquí uno de los tantos exquisitos re-
frescos que puede prepararse con este producto sin par.

NECTAR ARMOUR

Mézclese lo que sigue: Medio litro de JUGO DE UVA
ARMOUR, medio litro de agua; el jugo de una naranja,
de dos limones y tres cucharadas de azúcar. Sírvasse
helado, poniendo en cada vaso una raja de limón
y otra de naranja.

ENSAYELO; ES DELICIOSO

Pida siempre ARMOUR

EN TODOS LOS BUENOS TEA-ROOMS, BARS,
CONFITERIAS, RESTAURANTS, ALMA-
CENES Y FARMACIAS.

FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA S. A.

ADMINISTRACIÓN: RECONQUISTA, 314, U. T., 5215 AL 23, AV
LOCAL DE VENTAS: MORENO, 1374-6, U. T., 6442, LIBERTAD
— BUENOS AIRES —

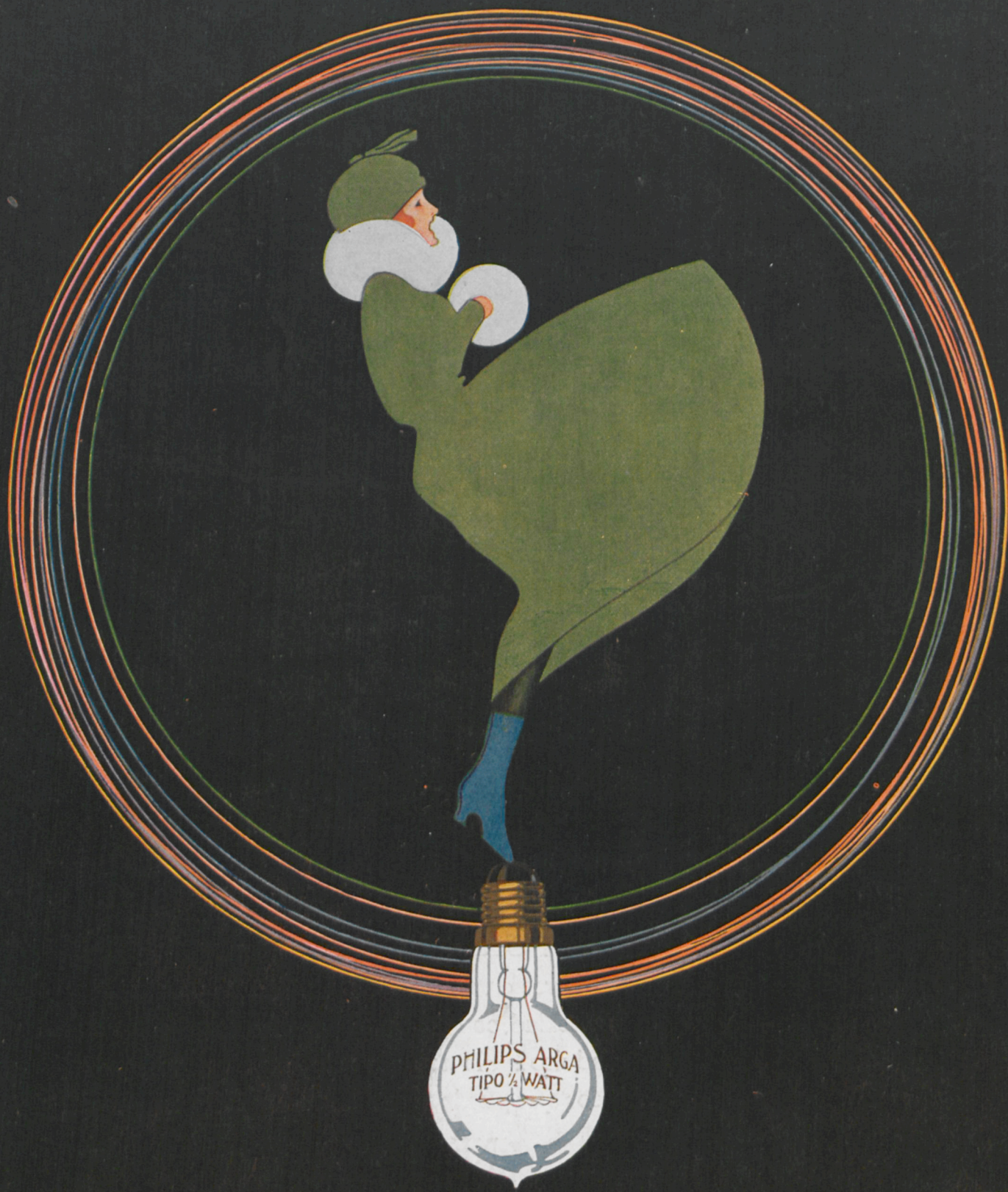
SUCURSAL: VALPARAISO (CHILE)

COMPANHIA ARMOUR DO BRAZIL, S. A.
SANT'ANNA DO LIVRAMENTO - RIO JANEIRO SAO PAULO (BRAZIL).

ARMOUR Y CIA. DEL URUGUAY, SOCIEDAD ANÓNIMA
CERRITO, 311 - MONTEVIDEO (URUGUAY)

Agüerla





PHILIPS ARGA

Son las nuevas lamparitas de consumo reducido que despiden una luz blanquísima, superior a la de sus similares. —Se venden en todas partes.

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA).
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.



EL DIA DE LA FLO

PLVS VLTRA